

CYBER TERROR



SELECCIÓN DE:
DAI N. CASTILLO
POLDARK MEGO

SPEEDWAGON
media works



SELECCIÓN:

DAI N. CASTILLO & POLDARK MEGO

CyberTerror



SPEEDWAGON media works

CybertTerror

Primera edición digital 27 de noviembre del 2020

Disponible en www.lektu.com

©2020, SPEEDWAGON Media Works.

“Prólogo” ©2020, Dai N. Castillo

“Plasmatrón” ©2020, Ariel S. Tenorio.

“El experimento” ©2020, Carlos Echevarría.

“Erased” ©2020, Connie Tapia Monroy.

“Creación Colectiva” ©2020, Dara Hincapié.

“Traspaso” ©2020, Eduardo Omar Honey Escandón.

“No light” ©2020, Gaspar Paredes.

“La interfaz bubónica” ©2020, Jose Ángel Conde Blanco.

“¿Quién soy?” ©2020, José Luis Díaz Marcos.

“Campos elíseos” ©2020, Kenny Alcántara.

“La verdad del espacio” ©2020, María Celeste Medina Roldán.

“¿Qué no habrán visto los niños?” ©2020, María Pía Flores Zegarra.

“Gajes del oficio” ©2020, Pablo Espinoza Bardi.

“Yo soy sam” ©2020, Ronnie Camacho Barrón.

“Colofón” ©2020, Poldark Mego.

©SPEEDWAGON S.R.L.

para su sello editorial Speedwagon Media Works

Jr. Cañete 7137— Of. 101 Lima 28, Perú

✉ speedwagon.mediaworks@gmail.com

Facebook: www.facebook.com/SPEEDWAGONmediaworks

☎ (511) 228 2157 / (511) 946 414 953

Dirección editorial: Luis Andrés Pomalaza Silva

Selección y prólogo: Dai N. Castillo

Selección y colofón: Poldark Mego

Diagramación y corrección de estilo: Jeremy Torres—Montero

ISBN N° 978-612-48399-0-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

ÍNDICE

| | |
|-----------------------------|-----------|
| PRÓLOGO | 6 |
| Dai N. Castillo | |
| PLASMATRÓN | 8 |
| Ariel S. Tenorio | |
| EL EXPERIMENTO | 16 |
| Carlos Echevarría | |
| ERASED | 34 |
| Connie Tapia Monroy | |
| CREACIÓN COLECTIVA | 45 |
| Dara Hincapié | |
| TRASPASO | 65 |
| Eduardo Omar Honey Escandón | |
| NO LIGHT | 69 |
| Gaspar Paredes | |

| | |
|--|------------|
| LA INTERFAZ BUBÓNICA | 81 |
| Jose Ángel Conde Blanco | |
| ¿QUIÉN SOY? | 89 |
| José Luis Díaz Marcos | |
| CAMPOS ELÍSEOS | 98 |
| Kenny Alcántara | |
| LA VERDAD DEL ESPACIO | 108 |
| María Celeste Medina Roldán | |
| ¿QUÉ NO HABRÁN VISTO LOS NIÑOS? | 115 |
| María Pía Flores Zegarra | |
| GAJES DEL OFICIO | 137 |
| Pablo Espinoza Bardi | |
| YO SOY SAM | 142 |
| Ronnie Camacho Barrón | |
| COLOFÓN: CERRAMOS LA COMPUERTA | 157 |
| Poldark Mego Ramírez | |

Prólogo

por Dai N. Castillo

¿Qué es lo primero que piensas cuando digo terror? Probablemente venga a tu mente alguna clase de monstruo arquetípico que busque tu destrucción física, o incluso alguna clase de ente sobrenatural como un fantasma o demonio. Difícilmente pensaríamos en algo como un celular o una computadora.

Resulta que siempre ha sido difícil definir qué es el terror, pues el miedo es algo tan inherente al ser humano que todas las culturas, incluso las que no poseen escritura (sobre todo estas) tienen relatos de miedo. Historias que apelan a los temores más viscerales de una sociedad o a sus tabúes más prohibidos.

Actualmente no solo la literatura de género, sino también desde el cine o el manga se ha recurrido al uso de recursos que apelan a diferentes tipos de anormalidades. Es así que “CyberTerror” busca explorar el miedo desde el

punto de vista tecnológico y las posibilidades que contiene.

En la antología presentada, los textos están embebidos, en muchos casos, por viejos temores encarnados en objetos inanimados de apariencia humana que los hace inquietantes. Autómatas de metal, nacidos de programas informáticos creados para reflejar el cielo y el infierno y controlar los pecados de la humanidad.

Las historias recopiladas en este libro tocan diferentes aspectos de la relación de los humanos con la tecnología y muestran las variadas manifestaciones del miedo que yace en el fondo de las mentes humanas. Te invito a sumergirte en los diferentes mundos que son descritos en esta selección de cuentos.

Después de todo, todos podemos ser protagonistas de una historia de terror, porque en todo reside un vacío, un miedo primordial a la muerte. El terror está dentro de nosotros, nos persigue y nos perseguirá en nuestras pesadillas.

¿Estás preparado?

Plasmatrón

por Ariel S. Tenorio

El mundo era una montaña de basura. Una corteza humeante y estéril poblada de ratas, insectos y gaviotas. En el epicentro de la devastación, en el tatuaje concéntrico donde se había librado la última guerra humana, aún quedaban vestigios de locura.

El Plasmatrón abrió su ojo de cíclope y realizó una rápida evaluación de los daños. Todavía le quedaba reserva de energía para unos cuarenta años. La explosión lo había dejado fuera de combate durante dos días y las esquirlas habían afectado el funcionamiento de una de sus patas traseras; además, el bloque de concreto que lo aprisionaba le había ocasionado una leve fisura en un costado con pérdida de fluido, pero nada de eso era grave. Lo que preocupaba al Plasmatrón era una cuestión de índole moral.

—¡Harlan! —exclamó—. ¡Capitán Harlan!

Activando un sistema interno de compensación gravitatoria, la máquina se enroscó sobre sí misma y levantó el peso que la oprimía. Una maraña de metales retorcidos y concreto chirrió y se desplazó hacia arriba primero y luego hacia un costado.

—¡Capitán Harlan!

Como si fuera un periscopio, el Plasmatrón giró el oscuro cilindro de su torso y contempló las ruinas que lo rodeaban. Viento y oscuridad. No mucho más que eso. La ciudad de Tres Corazones había desaparecido por completo. Una fina llovizna corrosiva salpicaba y horadaba los restos de hormigón y metal que se extendían kilómetros a la redonda.

—Aunque camine por el valle de la muerte, no temeré mal alguno —recitó, impostando la voz según el estilo de los ministros de las antiguas iglesias de América del Norte. Una de sus gracias favoritas que era, sencillamente, una fracción de holodata encontrada entre los miles de millones que almacenaba en sus entrañas.

—Porque tú estás a mi lado, y tu vara de pastor me reconforta.

Comenzó a moverse hacia el sur a velocidad media, una araña blindada de media tonelada, de a ratos recitando versículos de la Biblia, de a ratos llamando a Harlan. A su paso, pequeñas alimañas intentaron huir aterrorizadas pero el mecanismo las fue vaporizando sin contemplaciones.

Al cabo de unas horas, se detuvo al pie de una estructura y comparó datos.

Efectivamente, en ese lugar había estado el edificio gubernamental. Ahora la madeja de hierros desnudos y calcinados se parecía de una manera siniestra a una de esas montañas rusas que tanto les gustaban a los humanos.

El Plasmatrón meditó unos segundos. Desde la pequeña cúpula espejada que conformaba su cabeza surgió un haz de luz titilante que taladró los nubarrones negros.

Esperó.

Recibió estática y luego silencio. El satélite se había dañado también. Desde su interior brotó un pitido que

bien podía ser el equivalente mecánico de un insulto humano.

—¡Harlan! —gritó con los altavoces a máximo volumen, pero sólo recuperó los ecos de su propia voz rebotando en los escombros.

De pronto se le ocurrió una idea. Desde un boquete en el fuselaje de su barriga surgieron dos tentáculos equipados con pinzas que se pusieron a trabajar frenéticamente, su ojo único concentrado en remover piedras y vigas. Poco a poco, mientras la lluvia y el viento comenzaban a convertirse en una furia sorda contra su armazón, fue despejando el perímetro hasta que encontró lo que buscaba. Una puerta de acceso de datos de código militar, con la pantalla hecha pedazos, pero con la fuente primaria intacta.

Sin dudarle ni un segundo, extendió el cordón umbilical y activó la conexión. Primero hubo un parpadeo en el interior de su cerebro, luego un zumbido que le era familiar. Un mundo verde, traslúcido, inmaculado y perfecto se desplegó ante su vista. Pulsó los signos de

identificación en el mapa y aguardó. La I.A leyó las coordenadas y respondió enseguida.

«Harlan Jonathan Smith, alias "Job". Capitán de regimiento tres de infantería. Muerto en combate hace seis días en la región de los parques. Avenida del Nuevo Anticristo y Megalenguas. Deterioro celular ochenta por ciento. Potencial motriz casi nulo. Potencial intelectual veinte por ciento».

El Plasmatrón recogió algunos datos más y cortó el cordón umbilical.

—Capitán Harlan —dijo—. Ya sé dónde encontrarlo.

Se dirigió al sudoeste bajo la tormenta, a paso firme y rápido. Evadió las zonas donde las bombas habían dejado cráteres del tamaño de estadios olímpicos y corrigió el rumbo con milimétrica exactitud. Cuando encontraba algún escollo que no podía rodear, simplemente trepaba por encima y continuaba avanzando.

Cerca del amanecer llegó a una zona industrial donde milagrosamente la artillería había dejado en pie la mayoría de los edificios. Vio cadáveres por doquier, soldados

enemigos y aliados desparramados sin orden ni concierto. En las estrechas calles, aquí y allá, los cuerpos despedazados daban testimonio de la crudeza de la lucha.

«Vaya desperdicio de unidades orgánicas», pensó el Plasmatrón, y fulminó con un chorro de vapor a un perro que intentaba arrastrar su cuerpo herido lejos de allí.

—Falta poco, Harlan.

El ojo de la máquina atisbó a lo lejos los rayos débiles de un sol moribundo, una mancha de claridad en un cielo cubierto de cenizas.

—Here comes the sun, and I say, it's all right...—tarareó.

Continuó su avance hasta llegar a la región de los parques. Un espacio abierto donde antaño habían proliferado los más hermosos bosques y jardines, un pulmón verde que servía para oxigenar a la ciudad y que como consecuencia de la guerra se había convertido en un paraje infernal de trincheras y barro.

El Plasmatrón avanzó entre lodazales y zanjas, y comenzó a escanear los cuerpos. Cerca del mediodía, en

una especie de fosa común infestada de ratas, encontró por fin el cuerpo del Capitán Harlan.

—¡Eureka! —exclamó, y en la cúpula espejada de su cabeza apareció un punto azul que tal vez connotaba algún tipo de alegría.

Con sus dos tentáculos articulados levantó los restos mortales de Harlan y lo examinó detenidamente. Luego lo acomodó junto a su torso como si fuera una madre acunando a su hijo.

«Para otro humano» pensó, «el aspecto de este hombre debe resultar repugnante».

Al capitán le faltaba el ojo izquierdo y tenía la mitad de la cara quemada. En un análisis más complejo, determinó que no sólo tenía una importante fractura en el lóbulo frontal derecho sino también la espina dorsal completamente destrozada.

El Plasmatrón extrajo una pequeña aguja y la introdujo en el lagrimal del ojo sano. Un líquido del color de la orina cabalgó directamente hacia el cerebro y en menos de tres segundos surtió efecto.

El Capitán Harlan abrió su único ojo y contempló a la máquina.

—¡Lo saludo, capitán Harlan! Unidad de rastreo y mensajería Clase B reportándose. El coronel Marcus le solicita que reúna a sus hombres de inmediato y los mueva hasta el distrito al otro lado del río. Repito. Debe usted reunir a sus hombres y retirarlos de inmediato de este punto. Mensaje terminado. Unidad Clase B permanece a la espera de respuesta.

Harlan gritó y cuando lo hizo, de su boca cayeron cientos de gusanos.

El experimento

por Carlos Echevarría

Estuve encerrado en un laboratorio subterráneo desde los dos hasta los dieciséis años. Los científicos de la corporación Hydro me convirtieron en un experimento y analizaron cada centímetro de mi cuerpo, la evolución de mis sentidos e, incluso, mis pensamientos y sueños —o eso fue lo que creyeron—. Me educaron, me enseñaron a hablar, a caminar, a sumar y restar. Me instruyeron en todas las materias escolares y, con videos y libros, descubrí lo que existía fuera de aquellas paredes metalizadas. Supuestamente era el año 2084 y nos encontrábamos en la selva peruana, muy lejos de Lima. Hacía diez años ocurrió una revolución que trajo paz y justicia a este país dividido. Después de cinco años, el gobierno hizo una alianza con la corporación para traer salud y tecnología, desde entonces ellos operan en distintos puntos del país y reclutan a niños de pueblos olvidados. Yo fui uno de aquellos tristes infantes que nunca pudieron elegir. Me hicieron parte de

su organización, mas no era igual que ellos: era un espécimen al que estudiaban, un código, un pequeño que poco a poco se iba convertía en una aberración.

La primera fase del experimento duró diez años. Durante ese tiempo los días fueron similares: en las mañanas me daban pastillas y me inyectaban alguna sustancia, luego me instruían. En las tardes realizaban pruebas físicas y medían mis sentidos. Se hacían llamar mi familia, decían ser mis hermanos mayores. Me hicieron creer que era especial, un ser superdotado que sería fundamental para la corporación y mi país, que era afortunado de estar ahí. Así pasé tantos años de mi niñez: aprendiendo teoría sin vivir, imaginando el mundo que nunca vi con mis ojos. Cuando veía aquellas películas y leía aquellos libros solo deseaba sumergirme en esas historias y entrar en ese mundo ficticio; compartir con los personajes, reír y llorar con ellos, sentir dolor y angustia por las circunstancias que se te presentan en la vida.

La segunda fase del experimento nunca la olvidaré, fue ahí cuando terminé de convertirme en el engendro que

ahora soy. Cuando crearon estas cicatrices en mi mente y en mi cuerpo. Me llevaron a un nuevo ambiente que jamás había visto. Descendimos por un ascensor y llegamos a unos sombríos pasadizos, tan solo iluminados por fluorescentes en el techo. Caminé por varios minutos, observé muchas puertas y me crucé con muchos científicos como aquellos que me guiaban. Ninguno me miró, todos seguían su rumbo sin preocuparse por mi existencia. ¿Era especial? ¿Era un elemento importante para aquella organización? ¿Por qué todos actuaban como si no estuviera ahí?

Finalmente llegamos a la puerta que me correspondía e ingresamos a un gran laboratorio cuyas paredes metálicas estaban llenas de máquinas con luces multicolores. Había nueve escritorios en donde yacían sentados diversos científicos de batas blancas trabajando en pantallas holográficas. La gran protagonista de aquel macabro lugar era una cápsula semitransparente ubicada justo al centro, sobre una plataforma, conectada a diversos cables que

atravesaban desordenados el suelo hasta llegar a las máquinas.

«Ellos también son tus hermanos», me dijeron los científicos que me acompañaron durante mi niñez, luego se dieron media vuelta y me dieron la espalda. Nunca los volví a ver. Yo tenía solo doce años y me arrebataron a las únicas personas en quienes confiaba. Entonces se acercó a mí la doctora Soto y pasó su mano por mis cabellos. «No te preocupes, todo estará bien. Yo me encargaré de ti». Sentí un escalofrío al oír por primera vez aquella voz grave y rumorosa tan particular. Solo bastaron unos segundos para convencerme. No sé por qué, pero le creí de inmediato y confié en ella. Me guio hasta la cápsula y, cuando estuve frente a la máquina, me pidió que me desnudara. Por primera vez sentí pudor al saber que alguien observaría mi sexo. ¿Por qué? Durante mi niñez nadie me dijo que debía cubrirme, pero ahora temblaba ante la presencia de la doctora, quien notó las sensaciones que me embargaban. Ella se paró frente a mí y se agachó para que su rostro quedase a mi altura. Con una mano

acomodó su larga cabellera negra y ondulada que había cubierto sus ojos pardos. «Todo estará bien, esto es parte de tu proceso. No temas».

Con mucho pudor, me despojé de mis prendas y sentí las frías losetas bajo mis pies, en ese instante me sentí indefenso ante la mirada de la doctora Soto y de su equipo de trabajo que esperaba expectante. Uno de ellos abrió la puerta semitransparente desde su pantalla holográfica y observé el pequeño espacio en el que pasaría los próximos tres años de mi vida. ¿Valía el sacrificio? Si era tan especial, ¿por qué necesitaba de aquella máquina? La voz de aliento de la doctora Soto me empujaba hacia la cápsula y di los primeros pasos hacia mi encierro. Subí dos escalones de la plataforma, di media vuelta e ingresé. De inmediato tuve ganas de salir, de pedir que me liberasen, de gritar que no quería ser especial. ¡No quería ser parte de esa corporación! Mas no tuve tiempo de exteriorizar mis sentimientos, la puerta se cerró y mi voz se ahogó en el artefacto.

Durante aquellos tres años pasé más tiempo dormido que despierto y confundía mis sueños con la realidad. Incluso, al abrir los ojos, me veía atrapado durante horas en aquella sensación de creer que lo soñado realmente ocurrió, que aquella cápsula, aquel laboratorio, aquellos científicos eran solo un escenario de transición y regresaría nuevamente al último sueño. Finalmente me despertaba y retomaba conciencia de mi realidad. Durante mis horas despierto escuchaba las voces de la doctora Soto y de los científicos que se acercaban a hablarme. «¿Cómo estás hoy?», «Estás evolucionando favorablemente», «Pronto saldrás de aquí y podrás trabajar con nosotros».

Entre mis quince y dieciséis años aún les creía y la esperanza de libertad era lo que me mantenía cuerdo; sin embargo, algo en el experimento falló y eso me hizo entender la realidad y dudar de todo lo que me decían. La corporación buscaba convertirme en un ser superdotado físicamente. Cuando terminara mi proceso sería parte del gobierno y elegiría si me incorporaría en las fuerzas armadas, policiales o inteligencia. Era una pieza

fundamental para consolidar la revolución y exterminar a esos terroristas que hasta hoy buscan derrocar a nuestro presidente. Entre todos los niños peruanos, yo era uno en un millón, una persona excepcional y no podía desperdiciar mi potencial. Los científicos estimularon mis sentidos con aquellas máquinas que me rodeaban. Poco a poco mi vista y mi oído se agudizaron, mis músculos se ensancharon a la par que nuevas agujas penetraban otros puntos de mi cuerpo que producían grietas imborrables en mi piel.

Primero pude ver mejor a los científicos, veía sus rostros como si estuvieran a centímetros de mí, sus miradas, sus expresiones cansadas. Luego empecé a oír con mayor precisión, escuché las conversaciones que tenían sobre mí, como hablaban del proyecto como si yo fuera solo un espécimen. Los sentí lejanos, ellos no eran mi familia. Intenté ahogar ese pensamiento, me convencí de que era normal hablar así; tal vez yo no entendía las relaciones interpersonales, no había vivido. Sin embargo, mi oído se hizo cada vez más agudo y algunos murmullos,

al principio ininteligibles, llegaban a mí. No sabía qué eran, de dónde provenían, hasta que descubrí que eran ruidos de los otros laboratorios adyacentes. Con las semanas oí mejor, eran otros experimentos, no puedo asegurar qué estaban creando, pero distinguí las mismas palabras que me decía la doctora Soto.

¿Cómo podía ser cierto? ¿Cuán especial era yo? Las emociones empezaron a mezclarse dentro de mí. Un día lo negaba, otro día aceptaba el engaño. Y aquellos ruidos se mezclaban con los de las máquinas, que se hacían más nítidos. Consciente o semidormido oía el «tin, tin, tin; tan, tan, tan» de los aparatos, el «trac, trac, trac» de botones al ser presionados. Incluso noté que, detrás de los espejos altos del laboratorio, había salas donde hombres desconocidos me observaban. La doctora Soto iba a aquellos ambientes a explicar los avances del experimento. Era ella, desaparecía del laboratorio y la escuchaba ahí, hablando con esa gente desconocida, su voz grave era inconfundible. No podía ver a través de los espejos, pero la sentía a ella y a esas personas mirándome desde arriba,

esperando que termine de convertirme en el monstruo que ellos necesitaban. Y luego la doctora bajaba, actuaba con normalidad y me decía «cómo estás, falta poco, paciencia», y yo deseaba creerle, pensaba que me estaba confundiendo, mas poco a poco fui aceptando que todo era una mentira, que yo no era especial, que era uno más.

Conforme fui aceptando la realidad, una grieta se fue abriendo dentro de mí. Una grieta que nació al centro de mi pecho y rajaba mi alma. Mi cuerpo flotaba en la cápsula, suspendido gracias a las agujas conectadas a todo mi ser, debajo solo estaba la plataforma, pero en mi mente se construyó un abismo bajo mis pies, un abismo al que deseaba caer, precipitarme durante minutos por un extenso vacío antes de morir, una caída en la que me sienta libre por lo menos durante unos segundos. Libre de acabar conmigo, de escapar de aquella opresión.

Y así estuve mucho tiempo, flotando sobre un abismo imaginario. Escuchando sus planes cuando estaba consciente, soñando cuando estaba dormido. El dolor que sentía por ese engaño se fue transformando en furia y

frustración. Ahora sentía que de mi corazón emanaba lava ardiente que surcaba por aquellas grietas de mi alma y llegaba hasta mis extremidades y mi cerebro. Los odié, odié a mis captores, a la corporación, al gobierno. Durante el último año de encierro fui pensando qué haría cuando me liberasen. ¿Dejaría que me siguieran engañando para vivir? ¿Ignoraría esa traición? ¿Intentaría vengarme? Había mucha seguridad, niveles, pisos. Ni siquiera de niño vi el exterior. ¿Cómo escaparía? ¿A dónde iría? Me atormentaba esa sensación de vacío, de no pertenecer a nada, y cada vez pensaba más en la muerte. Se volvió la primera opción que tomaría al salir de aquel lugar; sin embargo, un día escuché algo que me hizo cambiar de parecer, algo que encendió una llama de esperanza dentro de mí: hablaron de mi localidad, de mi madre y mis hermanos. Descubrí que nací en un distrito llamado Huamanguilla, en Ayacucho, y era el último de cinco hermanos cuando me secuestraron. Mi madre vivía sola, nunca supieron quién fue mi padre. Lo que necesitaba saber era mi apellido y para eso debía buscar los archivos

donde se encontraban mis datos. Lo más probable era que se encontraran en las computadoras. Necesitaba forzar a alguien que tuviera acceso, amenazarlo y, tal vez, hacerle daño para que me diera la información. Ya no sentía remordimiento o culpa por agredir a cualquiera de ellos, todos los de la corporación eran cómplices de un crimen.

El último año que pasé en la cápsula fue el más agobiante, tenía que asentir a lo que me decían y fingir que no escuchaba lo que decían. Al principio tuve miedo de que me descubriesen, pero ellos cometieron un error: estimularon mis sentidos, mas no calcularon cuán agudo se volvió mi oído. Aprendí a entrenar esta nueva habilidad. Dejaron de mezclarse en mi cabeza los ruidos del laboratorio, de los ambientes adyacentes, de los murmullos en la sala tras el espejo; enfoqué mejor lo que deseaba oír, entendí mejor las conversaciones. También aprendí a entrenar mi visión, distraía mis tardes de lucidez observando los ojos de la doctora Soto moverse al compás de las letras de su holopantalla. De vez en cuando levantaba la mirada y, cuando me veía despierto, sonreía.

No hablaba en ese instante, pero casi podía oír su voz grave en mi cabeza diciéndome que ahora faltaba muy poco, que tuviera paciencia. Luego seguía trabajando durante horas, concentrada, solo se levantaba para dar indicaciones y salir a dar reportes a los tipos detrás del espejo.

No podía entenderlo, ¿por qué me engañaba? ¿Cómo una persona podía actuar con tanto encanto y esconder esa malicia? Esas sensaciones alimentaban mi furia y mi corazón se aceleraba. Al principio se preguntaban qué ocurría, por qué ese cambio repentino en mi ritmo cardíaco. Nunca lo descubrieron. Aprendí a controlar mis sentimientos, estaba encerrado, no podía hacer nada más que esperar el momento en que me liberasen mientras planeaba cómo buscaría mis orígenes. Y eso hice, esperé día a día hasta el momento en que la puerta de mi cápsula se abriría.

La doctora Soto esperó aquel día durante tres años. XY—87 era el mejor prospecto de aquel complejo científico,

el único que evolucionó favorablemente ante aquellos estímulos tan invasivos. Era cierto, su cuerpo mostraba las cicatrices de aquel tratamiento, no quedaba casi nada de aquel chico que ingresó a la cápsula tres años atrás, pero aguantó, no falleció como tantos jóvenes que no resistieron. XY—87 se volvió la esperanza de la corporación Hydro, desde la central la llamaban constantemente para preguntar por él y sus jefes pidieron reportes hasta una vez a la semana. Él era especial, todos lo sabían, y ella se sentía orgullosa por ello. Era la única jefa de laboratorio que había logrado crear un ser así.

Cuando el chico salió de la cápsula se mostró apacible, se vistió con el traje de la corporación y sonrió al poder hablar, caminar y respirar con libertad. Muchos temíamos su reacción, estar encerrado en aquella cápsula podía generar muchas sensaciones y, al fin y al cabo, era un ser superdotado. Por ello estuvieron presentes varios miembros de las fuerzas especiales disfrazados de científicos. Si XY—87 nos atacaba y tenían que abatirlo — como sucedió en otras ocasiones— habría sido una gran

decepción para ella y para la corporación; sin embargo, nada de ello sucedió, el chico fue tranquilo a su habitación y empezó la tercera fase del experimento: probaríamos sus nuevas capacidades físicas.

Habían abierto mi celda, pero aún estaba en prisión. Una prisión de dimensiones desconocidas y ubicación incierta. Era un reo solitario, sin amigos, sin contacto con los otros reclusos. Solo los conocía a ellos: a los carceleros de blanco. Así pasé los primeros días fuera de mi cápsula. Me mostraba apacible y cumplía lo que me decían en silencio. En las mañanas realizaba trabajos físicos y medían mis sentidos: levantaba peso, corría en una cinta y nadaba en una piscina; en las tardes almorzaba frutos, vegetales, animales cocidos y luego tenía más clases con unos instructores que me enseñaban de historia, de la guerra, de la revolución, me decían que pronto elegiría a qué sector del gobierno pertenecería. Yo esperaba. Analizaba cada movimiento de mis captores, sus horarios, sus cargos. Pronto sabría quiénes son mi verdadera

familia, a dónde tendría que ir cuando escapara de ese lugar.

Aquel día, la doctora Soto se dirigió a la habitación de XY—87 para realizar la verificación habitual; sin embargo, grande fue su sorpresa cuando notó que adentro no había nadie. Ella miró a su alrededor sorprendida, ¿por qué no le habían notificado que liberarían a XY—87? La doctora dio dos pasos hacia atrás y observó el pasillo. A lo lejos, detrás de un vidrio, distinguió la silueta de uno de los miembros de las fuerzas especiales que cuidaba aquel sector. Caminó hacia aquel lugar, abrió la puerta y soltó un grito ahogado. El guardia estaba muerto y se mantenía de pie gracias a una sábana que lo sostenía a una columna. Su cuello estaba roto, se lo habían apretado con tanta fuerza que marcas de sangre en forma de dedos delineaban su piel. Su arma había sido robada.

La doctora presionó la alarma que se encontraba al lado del guardia, pero esta no sonó. Apretó el botón con desesperación y no ocurría nada. XY—87 había escapado,

de alguna forma estaba suelto en el complejo científico. Llamó a seguridad y al otro lado de la línea respondió una voz agitada. «Ha matado a varios, uno a uno. Primero fue a las cámaras de seguridad, luego a la zona de archivos». Las fuerzas especiales lo buscaban para abatirlo. «¡No! ¡No! ¡Puedo hablar con él!» Gritó ella. «Olvídalo, doctora. Debemos abatir a XY—87». La doctora pensó y finalmente entendió lo que el fugitivo buscaba. No podía permitir que saliera del complejo científico.

Después de acabar con más de veinte personas, finalmente llegué a la última puerta del complejo científico. Empecé uno a uno, en silencio. Así conseguí la información que necesitaba, las tarjetas de acceso y las armas. Era más fuerte y más rápido que ellos. Me costó trabajo, pero lo conseguí. Había llegado al umbral en donde descubriría lo que hay afuera de ese lugar.

Cogí la tarjeta de acceso y abrí la gran puerta principal. El brillante sol me dejó ciego por unos segundos, hasta que finalmente aprecié la vida. El inmenso cielo se abrió sobre

unos grandes cerros bañados de árboles. Sentí el calor del exterior, el aire puro, el sonido de las aves al cantar divertidas ignorando la masacre. Conocí al fin la selva peruana. Era cierto. Ahí estaba el laboratorio, escondido debajo de los árboles.

—Gustavo.

La inconfundible voz grave de la doctora Soto se alzó detrás de mí. Me di media vuelta. Estaba sola, no había ningún guardia junto a ella, no tenía ningún arma más allá de su voz. Miré con odio a quien me engañó por tanto tiempo y alcé el arma que había robado. Apunté directo a su rostro. Ella se acercó.

—No huyas. Afuera solo encontrarás sufrimiento. Quédate con nosotros.

Quería decirle que la odiaba, que me sentí traicionado, más no podía. Mi voz no lograba hacerse paso entre tantas sensaciones. Debía matarla, lo merecía más que todos los guardias y científicos que asesiné. Mi dedo se posó en el gatillo y la vi por última vez. Una lágrima cayó sobre mi rostro. No pude. Bajé el arma. Me di media vuelta y

empecé a correr. El camino era muy empinado, pero mis piernas tenían la fuerza para trepar. Corrí sin mirar atrás, corrí hacia el sur. Encontraría a mi familia.

Erased

por Connie Tapia Monroy

*“¿No era real acaso esto que sentía?
¿No son reales mis recuerdos?
¿Quién eres?”
—El Taller II — Distancias*

Hace semanas que existía en la oficina el rumor. Solo algunos serían enviados a trabajar al interior del océano. Como los turnos mineros, pero acá ya no tienes oportunidad de volver a casa, eso al menos dicen. Los que se van, no regresan. Hoy me han pedido que espere al encargado en esta habitación. Solo hay una mesa y una silla al centro, donde me encuentro sentada. Me desespera su color blanco, es como estar en el exterior, pero con calefacción. ¿Existirán espejos vigilando? Hoy es el tercer día y sigue nevando de manera intermitente, el clima no ha variado desde que llegué. Aquí no hay mucho que hacer, salvo las tareas específicas. Aunque lo más importante, es tratar de no enloquecer al exceso de blanco.

Muevo mi pie ligeramente mientras entra un hombre al cuarto. Jamás lo había visto en las instalaciones. Pone una caja sobre la mesa. Qué se ha creído, no saluda, me deja con la mano extendida, apenas me mira a los ojos, no debe saber con quién está tratando. Cuando quise abrir la boca para explicarle lo importante que soy para la empresa, se dio media vuelta y se retiró. Esperé a que cerrara la puerta y busqué debajo de la mesa. Algo raro debe haber, un micrófono escondido, cámaras. Pasé la mano con mucho cuidado por todos los ángulos de la mesa y de la silla. Busqué en las esquinas y paredes de la habitación indicios de pliegues o surcos que indiquen la existencia de ventanas, puertas o algo extraño, algo diferente a la puerta principal. Pero nada.

¿Será alguna prueba de los altos mandos? Acomodo la silla, pongo mis manos en la caja, debe ser algo bueno para mí, de seguro, siempre he actuado de buena fe. ¿Y si es una broma de Hermosilla? Hermosilla siempre me ha tenido envidia, el muy cabrón. A veces, creo que más que envidia es porque quiere algo conmigo, pero es un ser despreciable

y lo ignoro. Si esto tiene que ver con ese infeliz, me las pagará. ¿Qué malo puede haber dentro de la caja? Seguro que no hay nada, debe ser una puta jugada, como esos test psicológicos que tienen algunas empresas. Juegan con tu cabeza para saber qué eliges, como los colores, si negro o verde. Quizás solo quieren saber si puedo soportar este espacio blanco, perturbador, incómodo. Ahora miro la caja desde una esquina, apoyo mi cabeza en la pared, suspiro. Me pongo de pie y camino decidida hacia la mesa. De seguro que si me han llamado es por algo importante. Abro la caja.

Adentro hay un laptop con un mensaje *post it* pegado en él. “Serie Z04, recuerde el código 001000110000111”. Mucho tiempo ha pasado desde que escuché por última vez “Serie Z04”, casi lo había olvidado por completo. Repaso en mi cabeza el número del código, busco, intento, 001000110000111, código 001000110000111. “Sal lo antes posible de ahí”, eso significa. Tomo la laptop y salgo del cuarto rápidamente.

Máquinas de segunda clase, artefactos dados de baja, corren en varias direcciones, salen despavoridos, creo que algo viene. Están asustados. Sigilosa me deslizo hacia una oficina que tiene la puerta abierta, es pequeña. Me escondo. Un ser pasa delante de mi puerta. Miro por la rendija, es una criatura azul con tentáculos que salen de su espalda, con cuernos, de apariencia blanduzca... parece que levitara, pues sus pies jamás tocan el piso. Guardo silencio detrás de la puerta, de seguro viene por mí, lo sé, el código de rastreo está digitado en una suerte de pantalla negra adherida a su amplia frente. Miles de códigos luminiscentes se ven pasando a gran velocidad.

Muevo los muebles que hay dentro para bloquear la puerta, me siento en el suelo. Abro la laptop, debe existir alguna forma de reprogramar el sistema interno.

Hace mucho tiempo, ¿miles de años, quizás?, llegó al taller una carta en la cual indicaba que debía trasladarme a la antártica. Cuestioné esta decisión, pero ya no podía reclamar ni negarme a dicha petición. No es el mejor lugar, menos para mí, pero al menos me permitiría seguir

trabajando. A él lo recuerdo mirándome desde lejos, es una imagen que no borraré nunca de mí cabeza. Aquí estamos todos los que ya no sirven como sistema operativo actual en las grandes ciudades, somos dado de baja, de cierta forma, pero al menos no somos los “olvidados”, ni los “reutilizados”, ni los “encerrados”, esta última opción es la más temida por todos. Nos asignan trabajos que podemos desarrollar con la tecnología que posee cada uno.

Golpe fuerte, se estremece la puerta, pasan unos segundos antes del segundo o tercer golpe seco. Un impulso dentro de mí presiona para que abra, pero no quiero... ni puedo... sería mi fin. ¡Esto es una maldición!, alguien lo ha llamado, alguien ya no me quiere aquí.

Hay días en que veo el aliento de mis compañeros perderse desesperanzado entre el óxido, luchando contra el polvo y las telas de arañas. Arrastran sus pies descalzos y lúgubres. Es realmente deprimente. Por mi parte, realizo mi trabajo lo mejor que puedo y nunca he recibido quejas.

Tecleo en la laptop algunos códigos, debo reprogramar el sistema, pensar en posibles códigos de mando que alejen a esa criatura del lugar, enviar un mensaje de “abortar misión” o algo similar. Quizás reprogramar mi sistema interno, alguna actualización. Debo barajar varias opciones. Creo que me quieren condenar al encierro, eso me dicen los códigos que van apareciendo en la computadora. Había escuchado que meten tu cuerpo en unos cilindros con la conciencia despierta para que sufras, para que veas a los demás vivir por años. Los ves envejecer hasta morir. Miles de vidas pasan delante de tus ojos, ya que tu corazón nunca se apagará.

Es una especie de condena al “infierno”. Los “encerrados” los llaman. La criatura azul me ha detectado, está detrás de la puerta golpeando cada vez más fuerte y con insistencia... tengo miedo, esa cosa horrible e indescriptible debe ser parte de la nueva tecnología. No dimensiono cuánto han avanzado las nuevas generaciones. Solo deseo arrancar de mi pecho la barra de uranio y terminar con esta pesadilla.

Soy una creación extraña y fuera de época. A nadie se le ocurrió algo así. Lo recuerdo a él, siempre sumergido entre cables y chatarra, atornillando, probando, cortando. Creo que quizás por mucho tiempo fui como un prototipo, aún recuerdo extenuantes jornadas de trabajo, donde jamás me separaba de su lado, todo lo que pedía, lo hacía. Un día descubrió algo asombroso y puso una máquina en mi pecho, “corazón” dijo que se llamaba. Eso me permitió seguir viviendo. “Z04, eres bella e increíble”, nunca vi tanto amor en sus ojos.

Encontré una carpeta dentro de los archivos del computador. Ahora lo entiendo todo. Ellos quieren mantenerme despierta por siempre, quizás para estudiarme, o que viva en “el infierno”, como ellos le llaman. Sus creencias dogmáticas las han mantenido con los años y nada tecnológico los harán cambiar de opinión. Emular al humano, a su especie y pretender que tengamos todo, exactamente todo lo que ellos creen tener; es un error.

Si no logro cambiar el programa interno seré como una especie de alma atrapada en un cuerpo. Lo han enviado a él, a la criatura azul para capturarme, no solo a mí, sino a todos los que están dentro de la base.

Tres golpes en la puerta. El pánico recorre mi espalda, los códigos que se despliegan en la pantalla no han dado con la reprogramación. Qué horror... y ¿si merezco ir al infierno?, ¿si él me ha creado para eso? He sido leal, he sido lo que me han dicho que sea, he hecho lo que han pedido.

A veces escucho voces dentro de mí, como si alguien quisiera controlarme. Soy una máquina vieja, abandonada en una bodega lejos de todo. Ya no les sirvo, ni siquiera para sus museos o sus reliquias. Mi corazón de uranio no se apagará. A veces creo que ellos escuchan mis pensamientos, me encerrarán en una cápsula de metal y me enviarán con los demás al fondo del mar, a un infierno creado para nosotros.

El miedo me paraliza. El ser golpea cada vez más fuerte la puerta. Se escucha a lo lejos un ejército entrar a las

instalaciones. Ellos vienen por mí, los encargados “I. A.” vienen por mí... Sigue golpeando mi puerta... Me concentro nuevamente en el computador portátil, lo programo dentro de lo que sé... dentro de mis directivas y algoritmos primitivos... Soy un producto antiguo y de mala calidad, pero algo podría hacer. Codifico, programo, tecleo el computador, esa cosa no desaparece, está ahí, esperando que me equivoque, ¿cómo escapo?... ¡Maldita sea! Es un demonio insistente...

Silencio.

Soy una niña de metal. Soy una máquina... una que está cansada. Ya no quiero existir. Quiero dormir eternamente.

¡Maldición!, sigue ahí. No ha servido de nada lo que intenté con el notebook... recuerdo, tengo un cd que mi creador dejó en caso de emergencia, lo saco de una caja escondida en el muslo de mi pierna, si... eso me ayudará.... Lo pongo en mi portátil, no lo lee, no lee el maldito CD, no puedo reproducirlo, no funciona.... ¡Mierda, me queda poco tiempo! Esa cosa mira por los huecos de la puerta, al interior... busca, pero aún no me

descubre.... Seguro algo le indica que hay algo aquí, pero no precisamente yo. En silencio sigo codificando en el computador, quizás sea buena idea entrar en su sistema, instalar un virus, bloquear al ser azul... buscar, buscar.... ¡¡Aaaahh!! Un mapa, eso es... un mapa para escapar de aquí.... No encuentra nada, aún no lee el cd..., disco dañado, información.... No enviado....

Golpes, silencio.

Maldita criatura....

—Piiffiffiffifiipiififif ¿¿Estás ahí?? —ahora me habla, esa cosa me habla... no contestaré...—. Piiffpifofofof ¡¡¡Ya no puedes escapar!!! —Trato de no respirar, cierro los ojos, todo queda en absoluta oscuridad.... Tirito... tengo miedo, qué extraño, no debería de transpirar.... Siento escalofríos....

Quiero que mi historia termine ahora, que mi corazón se paralice, que esta máquina llamada “corazón” ya no funcione. Lo deseo, porque es mejor que vivir eternamente encerrada en una cápsula bajo el mar.

—Vamos... debo llevarte —insiste.

Se escucha un estruendo en la puerta, trozos de madera y metal vuelan sobre mí.

Creo que he perdido el conocimiento, no puedo abrir los ojos y siento el cuerpo entumido. No lo puedo mover. Pasa un tiempo antes de poder incorporarme.

Abro los ojos, está sobre mí.... ¡Maldita criatura del infierno!

—¡Primero muerta! No me iré contigo, ¡cosa repugnante! —le grité, traté de sacarlo de encima.

Risa estridente.

—Es hora de partir —sentenció la criatura.

Y mientras él arrastraba mi cuerpo alcancé a divisar “Erased” escrita en la pantalla en mi laptop.

Creación colectiva

por Dara Hincapié

El sol de la tarde brillaba a través de la ventana. Su dorada luz contrastaba con los indicadores azules que proyectaban en el cristal el estado del clima, la información sobre el tráfico y los últimos mensajes recibidos por los habitantes del apartamento. Fuera, una abeja exploraba indecisa el menú de flores que coloreaban el alféizar. Nada de eso le interesaba a Lani, que echada en el suelo disfrutaba las caricias solares sobre su pelaje gris. Ella tenía sus propias fuentes de información.

Precisamente una de estas fuentes fue la que interrumpió su letargo. No importaba cuántos bloqueos pusiera en su módulo de comunicaciones, cuánto gastara en los mejores firewalls, cuántas trampas pusiera alrededor de su privacidad, Momo hackeaba todo sin esfuerzo y se acomodaba tras sus ojos como el primo incómodo al que encontrabas en la nevera después de haber cambiado las

llaves de la entrada. Gruñó bajo, sabiendo que la escuchaba.

—Todavía falta rato para mi turno.

Lani esperaba recibir alguna excusa traída de los cabellos, como la invasión de palomas de hacía un par de meses o un accidente de trabajo de alguno de sus compañeros. Seguro Bindi se habría caído durante su ronda, tratando de alcanzar las alturas de Lani, y ahora tendría que cubrir su ausencia haciendo horas extras. Más le vale a Momo que pague bien por esto.

Lo que no esperaba fue la respuesta temblorosa del controlador.

—Yo... este... ¿podrías venir? No es para nada del trabajo, te lo prometo. Es solo que... Aquí te cuento.

Algo no andaba bien. Corrección: algo debería estar al borde del desastre para alterar a Momo de esa forma. Lani recordó la frialdad con la que había enfrentado el asunto de las palomas, distribuyendo roles y tomando decisiones vitales sin pestañear. Sus ojos se abrieron y sus pupilas se dilataron en un instante.

—Llego en 15 —giró la cabeza y cacareó a la abeja en la ventana, para no perder la costumbre.

En silencio sus patas recorrieron balcones, árboles, techos y barandas hasta terminar balanceándose encima de una señal de tránsito. Bajo su cola, una ambulancia recibía una camilla ocupada. Un par de saltos la llevaron al techo de la ambulancia y de ahí al balcón frente a ella. Con un clic la puerta se desbloqueó. Lani entró en la oscurecida habitación, donde la recibió un par de lentes reflectivos que se asomaban tristes bajo la cama. Despacio, temblando, surgió la figura regordeta de Momo alrededor de los lentes, el lomo arqueado, el pelaje amarillo erizado, el implante de red en máximo nivel de protección como un yelmo desplegando una fina red de cables a su alrededor. La puerta se selló de golpe, dándole un escalofrío. Requirió de toda su fuerza de voluntad para no despegar la mirada de su compañero.

Lani se acercó a Momo ronroneando con fuerza, dándole tiempo a su implante para que la reconociera e identificara como no hostil. Refregó su cabeza y se echó

junto a él, vibrando juntos hasta que sintió que su respiración se calmaba.

—Se la llevaron. La conectaron y se la llevaron.

—Sí, los vi cuando llegué. —La red alrededor de Momo se retrajo dentro del implante, y Lani empezó a acicalarlo, aplacando su pelaje—. ¿Qué le pasó a la anciana?

Un paquete de archivos desfiló tras los ojos de Lani. Imágenes de cámaras de seguridad, registros médicos alterados, líneas de código insertadas, fragmentos de video, un mapa detallado de los recorridos más frecuentes de la anciana y un esquema completo del interior del apartamento, destacando los posibles puntos de acceso y escape. Lani siseó.

—¿Dónde conseguiste esto?

Algo renuente, Momo abandonó su lado para regresar bajo la cama. Un instante después, un pequeño objeto se deslizó con rapidez hacia Lani. Por instinto, ella lo atrapó entre sus garras sin mirarlo. Momo salió de nuevo, cabizbajo, mientras ella levantaba una pata para examinar el objeto.

La abeja parecía recubierta en grafeno, casi más implantes que insecto. Su abdomen destrozado daba cuenta de su reciente ataque a la alérgica anciana. Sus alas rotas, evidencia de la batalla perdida contra su ágil, aunque regordete, guardián. Lani alzó el rostro, los bigotes erizados, una nube de interrogantes ensombreciéndolo. Momo evadió su mirada y comenzó a acicalarse nerviosamente. Tras unos instantes su voz comenzó a fluir despacio, apenas más fuerte que un murmullo.

El ataque había sido planeado meticulosamente, ni un detalle dejado al azar. Momo dormía la siesta cuando lo despertaron los gritos de la anciana. Al abrir los ojos la vio sacudir un trapo de la cocina, tratando débilmente de golpear al enjambre de atacantes. Para cuando él saltó al mesón, ya era demasiado tarde. La rápida retirada del comando lo dejó desconcertado, unos cuantos cadáveres bajo sus garras y su protegida en grave necesidad de atención médica en el suelo. Al solicitar la ambulancia descubrió la alteración de los registros médicos en la que

había desaparecido la información sobre la condición alérgica de la anciana.

—Alguien intentó matarla —concluyó, casi en un gruñido—. Encuéntralo.

Hazlo pagar, escuchó Lani en su interior.

El atardecer teñía el cielo de naranja, los rayos del sol se colaban entre las hojas de los árboles. Entre las ramas, Lani azotaba la cola, resistiéndose a lo inevitable.

Momo era un excelente archivista y estratega, hábil para analizar información y organizar a los integrantes de su equipo. Sin embargo, no era un callejero. Le faltaba la habilidad de navegar los bajos fondos y los rincones de la ciudad. Para eso la tenía a ella. Para eso la había llamado. Para que regresara al mundo que había jurado abandonar. Ella sabía qué hacer, a quién contactar y qué leyes romper para encontrar al agresor de la anciana. Simplemente no quería. Había hecho un gran esfuerzo al unirse al equipo de Momo y romper todos sus lazos con la oscuridad. Todos, excepto Jalapeño. Preferiría arrancarse la cola que

darle de nuevo la oportunidad de usarla como carne de cañón en sus desquiciados planes, por mucho que los hubiera disfrutado en el pasado. Pero esta vez no se trataba de ella. La anciana era más importante, y si tenía que sacrificar su orgullo y contactar al ladino blanquinegro, lo haría.

El último golpe con Jalapeño no había sido el peor en el que había participado. Todos habían salido con vida, después de todo. Aún así, la sola idea de contactarlo le producía vértigo, peor que trepar a la estatua con alas, resbaladiza de mierda, en lo alto del edificio viejo. Pero era Jalapeño, o nadie. Solo él podía darle la información que quería. Él era el que mejor sabía cómo se movían las cosas en la oscuridad y el que conocía a los mejores rompedores. Se rascó violentamente en un esfuerzo para enfocarse en el momento y sobreponerse a sus miedos. Activó las encriptaciones de su módulo de comunicaciones y envió el mensaje:

[Oe, Jalapeño. ¿Me podés pasar un dato?

Rompedora de la vez pasada

18:05]

La rápida respuesta la sorprendió en medio de un salto a las ramas bajas del árbol, casi haciéndola caer.

[Pnsé ke ya n asia + trrbajos

18:06]

Lani giró los ojos ante la escritura de Jalapeño. Estaba segura de que lo hacía a propósito para crearse una imagen basada en los antiguos memes. Qué estereotípico. Siguió su recorrido sin rumbo determinado, aunque permaneció cerca de los callejones, lista para trepar por los balcones y correr hacia cualquier indicación que le diera.

[No, nada. Una vuelta personal

18:08]

[:(y yo k te tnía 1 mala prropst.

18:08]

[Jajajaja. Ahorita no hay forma, parz.

18:09]

[Ke y ¿pa k era?

18:09]

[Pa rastrear unos mods piratas.

Esa nena es muy tesa.

18:09]

[¿Y vos ke con mods?

18:10]

[Nada que te importe.

No es de plata.

Me atacaron una amistad.

18:10]

[Tod bn, ps.

No te prrdas.

Vos sabé k acá ay ganch.

18:13]

[Feliz cacería

18:13]

Unos segundos más tarde llegó un mensaje con el contacto de la Rompedora.

La pequeña Rompedora había crecido un poco desde el golpe durante el que se conocieron, en el que Lani hubiera jurado que aún podía olerse en ella la leche de su madre. Se veía más larga y esbelta, su pelaje calico apenas cubriendo la herida en su costado, ya casi cicatrizada. Lani no pudo evitar sentirse un poco culpable, aunque fuera ella quien la sacara con vida del atolladero en el que Jalapeño las metió con la promesa de un jugoso botín. "En

eso sí se puede confiar en ese pulgoso", pensó Lani, viendo cómo la pequeña había invertido su parte de las ganancias en un equipo dos saltos por delante de lo último en implantes para videojuegos.

Ronroneando de felicidad y con la cola en alto se acercó a Lani y se refregó como si fueran compañeras de camada. Juntas recorrieron la terraza del edificio, admirando la vista de la ciudad y recordando el golpe que las llevó de ser un par de desconocidas a confiar sus vidas en la otra.

—¡No vuelvo a hacer una gracia de esas! —rió la pequeña. Lani soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo, aliviada por la sabia decisión—. Espero que no vengas a proponerme una maldad...

La negación automática con la que iba a responder murió en sus labios. Si no estaba segura de con quién se estaba metiendo, no tenía sentido expresar una falsa confianza. No con la Rompedora.

—Maldad, maldad, no es. Pero tampoco estoy muy segura de que no vaya a ser peligroso...

En voz baja, incrédula de sí misma, le contó los detalles del ataque a la anciana, compartió el paquete de archivos de Momo y el escaneo que ella misma hizo de la abeja muerta.

—Le pedí tu contacto a Jalapeño para... —levantó la vista, suplicante.

La mirada tranquilizadora de la Rompedora la hizo sentir como si ella fuera la cachorrita frente a una sabia matrona.

—Seguro. —Cerró los ojos para acceder mejor a sus implantes. Aunque Lani lo hacía todo el tiempo, aún se sentía extraño cuando alguien más lo hacía delante de tí. De pronto, frunció el ceño—. Esto no es normal...

—¿Qué fue?

—El enjambre que atacó a tu humana... —Abrió los ojos—. Son simples polinizadoras, del Departamento de Alimentación. Ni siquiera tienen entrenamiento de combate. Míralo por tí misma. —Un paquete de información se activó en la memoria de Lani. Contenía números seriales y especificaciones de los implantes de las

abejas utilizadas por el Departamento y, lo más importante, direcciones de las colmenas oficiales.

—¡Vaya, gracias! Ya sé dónde tengo que ir—. Se estiró, preparándose para partir.

—Cuídate. —La Rompedora la miró con preocupación—. Tienes razón. Esto podría ser peligroso.

A diferencia de las grandes colmenas del Departamento de Alimentación, anexas a los cultivos campestres, las colmenas citadinas eran prácticamente invisibles. Pequeñas cajas fáciles de ignorar, ocultas en callejones, terrazas y parques, de cuyo interior brotaban reducidos escuadrones de agentes en busca de plantas caseras y arbustos callejeros, sosteniendo la vida aferrada a la esterilidad del concreto.

Según la búsqueda de Rompedora, la abeja muerta provenía de un panal apenas a unas calles de la casa de la anciana. Le envió su ubicación a Momo sin preocuparse

de que su turno de vigilancia hubiera comenzado hace un par de horas. Él me metió en esto, que se encargue.

Trepar el edificio cercano al panal no debería representar ningún problema para Lani. Sin embargo, mientras subía las escaleras de emergencia comenzó a sentir que algo no andaba bien. Activó sus comunicaciones en modo pasivo para encontrarse con un silencio sepulcral. No detectó el esperado zumbido mate de los electrodomésticos conectados, ni los implantes de humanos o guardianes intercambiando señales con la red. El edificio estaba completamente deshabitado.

Al llegar arriba la situación empeoró. Una especie de neblina se apoderó de sus módulos, su visión comenzó a desvanecerse y una sensación de soledad la envolvió lentamente, hasta hacerse abrumadora al llegar a lo alto. Se detuvo frente al acceso a la terraza, determinada a dominarse. Tras un par de respiraciones conscientes, invocó a los Dioses Garra y se recordó:

*[Soy. Carne y sangre y garra y pelo. Soy. Ojos en la noche y
oídos en la niebla. Soy. Tigre, jaguar, guepardo y pantera.
Soy. La muerte que acecha en las sombras. El silencio
hambriento. El juego letal. Soy.]*

Sus pasos la llevaron frente a una caja de madera clavada a la pared bajo un pequeño tejado. Tratando de ignorar sus patas temblorosas, se sentó en el suelo y comenzó a lavarse la cara como si detrás de sus ojos no estuvieran corriendo pesadillas. Sabía que estaba siendo intervenida, pero poco o nada podía hacer más allá de lavarse la cara y parecer valiente. Esto no soy yo.

De la colmena salió un grupo de abejas, que comenzó a trazar círculos a su alrededor, a una distancia justo más allá del alcance de sus garras. Su zumbido parecía venir tanto del exterior como del interior de su cabeza, subiendo y bajando de tono, casi formando palabras:

OJOS EN LA NOCHE

Lani se irguió repentinamente, a lo que el círculo de abejas respondió en una vibración de alerta. El zumbido en su cabeza se tornó agresivo, expresando sin palabras escapar, huir, temer.

LA MUERTE QUE ACECHA

Explorar sus propios archivos se sintió como caminar entre el barro. ¿Quieren meterse en mi cabeza? Azotó la cola y agachó las orejas, una media sonrisa en sus bigotes. Bienvenidas.

Desplegó las imágenes de la anciana de la carpeta de Momo. Las abejas, como una nube, ondearon a su alrededor. Tras unos segundos, la respuesta acción, ataque, expulsión abrumó sus sentidos.

Lani no retrocedió. ¿Quién? preguntó mientras exhibía el código corrupto con los comandos que ordenaban los cambios en los registros médicos y la entrada a la cocina de la anciana. En lugar de responder, las abejas cambiaron de dirección, girando en sentido contrario durante unos

segundos, retomando luego su dirección original. ¿Quién?, insistió Lani con un gruñido sordo. Las abejas cambiaron de dirección, una y otra vez. Vejez, muerte, expulsión.

Con dificultades buscó en su archivo, hasta encontrar lo que necesitaba. Imágenes de fuego y llamas inundaron su interfaz. ¿QUIÉN? Siseó y arqueó el lomo. Aunque las abejas no reaccionaran ante la amenaza como los vertebrados, entendieron bien el significado del fuego. Su formación se perturbó y pareció dispersarse por un momento, para reagruparse de nuevo en la nube en torno a Lani.

TODAS UNA

Lani jadeó, sin dejar entrever su confusión ante la respuesta. Todas. Una. Aún reagrupada, la nube se portaba de forma caótica, sin la sincronización que hasta hace poco nublabá sus sensores. Todas. Una. Apenas sintió recuperar un mínimo de control sobre sus

implantes, encendió sus comunicaciones. Todas. Una. Un mensaje urgente de la Rompedora:

[Líneas de comando sin autor

No rastreables

Ensamble espontáneo

Sal de ahí

04:38]

Todas. Una. Un poco más ella misma, Lani siguió emitiendo imágenes de fuegos e incendios mientras calculaba la distancia a la escalera de emergencia. Una última imagen de la anciana, para dejar claro su mensaje: NO.

Se rascó una oreja, satisfecha por ocasionar otra perturbación en el enjambre, y caminó despacio hacia la escalera. Al girar la vista vio que la nube de abejas se reorganizaba, de regreso a la colmena.

—Ya saben lo que les espera si se vuelven a meter con mi gente —dijo con un valor que esperaba que creyeran.

No dejó de temblar hasta llegar a la calle.

—¿Cómo te sientes? —Rompedora se frotó contra el costado de Lani.

—No sé —contestó, la vista fija en el plato—. Como si me hubieran apagado y vuelto a encender, pero... no sé si estoy cargando correctamente.

—No has tocado tu sashimi —ronroneó Rompedora—. Necesitas comer algo.

Lani lamió un poco de su té. Según los hallazgos de la pequeña calico, el código corrupto en la programación de las abejas había surgido espontáneamente de la reorganización de comandos antiguos, quizá una malformación de sus propias funciones. Lani no podía alejar su mente de la formación circular del enjambre, su críptica respuesta todas, una, ni de la frustración de no saber si la aparición de este código era una en un millón o solo la primera de muchas. ¿Era una casualidad o una inevitabilidad?

—Gracias por todo. Espero que no haya sido un problema —finalmente se decidió a mordisquear su salmón. Estaba mejor de lo que esperaba.

—No puedo negarme a un buen reto —guiñó Rompedora—. Por cierto, soy Columbina.

Lani levantó la mirada, atónita ante esta demostración de confianza, para encontrarse con una expresión amable como pocas.

—Lani —sintió como si el mundo se invirtiera y ella fuera la cachorra recién destetada frente a la calma y sabiduría de su nueva amiga. Amiga. Sí, podía considerar a Columbina su amiga.

Un leve golpe en la ventana del restaurante la sacó de sus ensoñaciones. Una abeja golpeaba el vidrio, atraída por el colorido en la decoración. Lani le cacareó, para no perder la costumbre.

Traspaso

por Eduardo Omar Honey Escandón

Ya lo decidió el medbot, empezará en la base de la espalda. Inmóvil, colgando del techo, terminó de analizar el cuerpo humano que yacía debajo en una plancha metálica. Es una semiesfera blanca, desgastada y oxidada de la que cuelgan decenas de retraídas extremidades y apéndices metálicos. Se conecta, vía un flexible y corroído tubo, a una esfera maltratada por el tiempo cuya superficie está marcada por un sinnúmero de oquedades y promontorios. En cada uno, de diferente tamaño, hay un oscuro lente. Cual araña en su telar, la cabeza de metal observa.

Los múltiples ojos analizan el calor temporal, el flujo de la sangre, la disposición muscular, mide los signos vitales y calcula. Dedicar largos quince segundos a la estructura ósea que cortará.

Determina que el sujeto se moverá demasiado. Activa nueve extremidades, garras que terminan en afiladas

navajas. Dos de ellas se dirigen a las piernas y las anclan en la plancha metálica al insertarse. Otras dos retienen los brazos crucificando las muñecas de igual forma. Una más envuelve la cabeza para que encaje en una abertura, dos empalan los hombros y los dos restantes se clavan a cada lado de la cintura.

El hombre, asaltado, se agita y suplica tratando de librarse de las extremidades metálicas. El medbot ha tenido cuidado de que no sangre en exceso: dos delgados apéndices bajan y cauterizan las heridas. Los aullidos se difuminan en la enorme estancia.

El medbot se percata de lo que inflige. Ordena cargar un sedante en otro apéndice donde está trozado el conector que lleva el líquido del depósito al cilindro. Todo se derrama. Un sensor, cegado hace décadas por una impureza, indica que está lleno el dispositivo y que la inyección puede aplicarse. El apéndice baja hacia un tembloroso glúteo, los cuatro centímetros de la aguja se atraviesan limpiamente piel y músculo para detenerse en la profundidad correcta, inyecta aire a la par que un grito

de dolor desgarrar el ambiente. Luego el medbot retira el apéndice.

Mientras no ha perdido tiempo, tiene en posición un delgado brazo escalpelo e inicia el corte en la punta del coxis. Lo mueve con firmeza sin variar la velocidad recorriendo el centro de la columna. La piel y el delgado tejido se abren suavemente en un surco carmesí. Detrás del escalpelo marcha una escobilla cuyos minúsculos brazos van cauterizando cualquier punto donde brote sangre. La acción se detiene en la base del cráneo. El hombre solloza y gorgotea palabras que quedan silenciadas por el sonido de la maquinaria.

Bajan dos extremidades que acaban en una regleta multisegmentada. Se sitúan a cada lado del corte recién hecho, toman su borde siguiendo el contorno de las vértebras expuestas y convierten el rojo trazo como un minúsculo Gran Cañón de rosas y rojos que expone la columna.

Entra en acción una mano de veinte dedos, cada uno termina en una sierra. El medbot los maneja para cortar el

hueso al costado de la apófisis vertebral. Aspira la sangre como desechos para limpiar el área que luego cauteriza. Al final, unas pinzas toman apófisis tras apófisis, separándola de cada vértebra y la arrojan al vertedero a un costado que rebosa de huesos, restos y alimañas. El sujeto por fin se desmaya y fuertes espasmos recorren su cuerpo. El medbot aplica más sedante fantasmal tratando de eliminar esos temblores que pueden malograr su obra.

La médula espinal y la nervadura están expuestos. Analiza otros quince segundos para detectar dónde cortar los nervios con el menor daño. Descienden varios brazos que terminan en una medusa azul y semitransparente. De ellas salen infinidad de filamentos que se insertan delicadamente debajo de la médula, la separan de las vértebras subyacentes desde el coxis al cráneo y luego corta los nervios como tejido a cada costado. Al final hace una serie de tajos para separar el cráneo. Esta operación la ejecuta rápidamente mientras cronometra que no muera el cerebro.

Cuando está listo, el medbot gira y deposita al espectro de nervios y una cabeza en la banda del otro lado. La libera con delicadeza dentro de una estructura metálica que le espera.

Otro medbot empieza a acoplar la médula y cráneo a venas, arterias y nervios artificiales del borg que tiene debajo. Apenas va sellando esa inorgánica columna vertebral cuando el primer medbot espera que su plancha deseche los restos, se autolimpie y le sea depositada otra persona más. Mientras tanto, su contador de traspasos suma un caso más: 7839481.

No light

por Gaspar Paredes

He sido un zángano desde que tengo uso de razón. Mi sueño era ser un profesional en los eSports. Lástima que el único juego en el cual puedo desenvolverme como un verdadero pro no tiene el impacto suficiente para ser considerado, en fin. Todo estaba como de costumbre, ingresaba a mi cuenta de *No light*.

Es un juego en primera persona, tienes que entrar a sótanos o lugares abandonados en total oscuridad, encender el interruptor de electricidad, o cualquier herramienta, artefacto o artilugio que genere luz (siempre está escondido en las zonas más tenebrosas). Los enemigos son demonios o monstruos malvados, que obstaculizan que esto suceda, pero a la mínima iluminación, estos se esconden y automáticamente ganas. A veces encuentras fósforos, encendedores y hasta linternas con baterías por agotarse, y con eso basta para pasar el nivel. Es un juego de terror de temática sencilla y no sólo lo digo porque sea

uno de los mejores en el ranking, sino, porque para los amantes del miedo, como yo, este juego es un succulento bocadillo de terror.

Me sorprendí mucho al conocer un gamer, que, en poco tiempo estaba por igualarme y de seguir así, superarme. Lo que me había costado una vida, al él un mes. Situación que me incomodaba, ya que estaba por aplastar el único logro del cual me sentía orgulloso.

Un domingo por la tarde ingresé al juego, lo primero que hice fue ver el ranking, mis ojos por poco se desorbitaron al ver que estaba segundo. Aquel usuario de nickname AISHA me había superado. Mi némesis estaba en línea, por lo que decidí stalkear su perfil, aprender de su modo de juego. AISHA había superado, en cuestión de horas, mundos en los que yo tardé mucho más. Pese a la calidad de juego que este sujeto tenía, yo era el único que lo veía jugar en directo, esto era vergonzoso, todos evitaban ver las partidas avanzadas para no ser tildados de tramposos al aprenderse los caminos. Además, corrías el riesgo de que el usuario te reporte. En cuanto ingresé a

verlo, AISHA detuvo y cerró su partida. Luego de unos minutos me mandó una solicitud de amistad en el *Buddy*. Acepté e inmediatamente después todo comenzó.

—Hola. A este nivel se puede entrar en *Party*, ¿te unes?

—preguntó AISHA

No respondí nada, simplemente mandé mi invitación para que se uniera. Aceptó.

Jugamos por horas, era como su mascota, la seguía a donde iba, era tan hábil que, encontraba la luz en cuestión de minutos. A veces, solo para burlarse de mí, me asustaba llevándome hacia donde estaban los seres de ultratumba. Jugamos y jugamos, hasta que llegamos al límite. Vi la hora, eran casi las cinco de la mañana, era inexplicable como si estar ahí con AISHA hiciera que mi tiempo real fuese muy lento, pero, dentro del juego, en su juego, eran tiempos cortísimos. Me despidió, y dijo que probablemente mañana desbloquearían nuevos niveles para volver a jugar.

Desperté muy tarde, casi a las dos de la tarde, mi *Buddy* estaba lleno de mensajes de AISHA, y debajo, un correo

electrónico al cuál redactarle mensajes. No había forma de hacerme amigo de un freak que, además, era mi rival. Pero todo eso cambió cuando anexó una foto suya. Era una mujer. AISHA es una chica, pensé. Al verme dudar escribió mi nickname en su dedo índice mostrándola al arrimarla sobre sus labios, en un gesto de silencio. Sin lavarme la cara, sin desear nada más que poder constatar si no se trataba de una broma escribí al correo brindado, hasta dándole mi número telefónico para que llamase. No pasó nada hasta casi las seis de la tarde, momento en el que mi teléfono sonó.

—¿Aló?

—Soy AISHA, ingresa al juego —dijo y colgó de inmediato.

Así lo hice, puse el teléfono en su lugar, me senté frente a la PC, movía las piernas ansioso mientras el juego cargaba. Una vez dentro de los servidores, vi que se abrieron dos niveles más. Intenté cortejarla, convencerla de vernos.

—¿Te parece si jugamos desde tu casa?

—No lo creo, no puedo permitir que entren desconocidos, vivo solo. Además, ni siquiera estoy convencido de que seas o no una mujer. De ser el caso, probablemente te quisiera ver por video antes.

En cuanto dije esto, AISHA, se desconectó y un correo electrónico llegó. Era ella en video, en él me pidió jugar juntos. Era hermosa, una rubia de ojos verdes, con un collarín rojo con letras negras, en este se podía leer: AISHA. Cuando eso pasó, le pedí que me dejara verla por Skype, pero lo hice por escrito. Temía mostrarme, no soy nada atractivo, la desanimaría de inmediato. Pasaron unos segundos y el celular volvió a notificarme.

[Si pese a todo, sigues dudando de mí, pues no tendría caso vernos por video. Te estoy pidiendo jugar juntos desde tu casa. Yo iré.]

Adjuntó una foto suya de cuerpo completo, y vaya cuerpo. Me emocioné al punto de intentar masturbarme con esa foto, pero pensé que lo mejor sería verla, hasta creí

que podríamos follar. Apresurado, nublado por la calentura, le respondí:

[Te daré mi dirección, para que puedas llegar, no tardes que será mejor tener mucho tiempo juntos.]

Ella respondió con algo simple.

[Sé dónde vives.]

Me percaté de la hora y eran casi las diez de la noche. No entendí cómo es que el tiempo transcurría de manera tan rápida cuando se trataba de ella. Me sequé la cara grasosa con las manos, acomodé mis gafas y respondí:

[Te daré la dirección, con una condición, prométeme que te quedarás conmigo hoy.]

[Prometo que hasta me podría quedar con tu cuerpo, no necesito tu dirección, la sé, necesito que hagas algo por mí. Es algo simple. Apaga tus luces, ingresa a los nuevos niveles del juego y repite fuertemente tres veces el nombre del nivel.]

Pensé que se trataba de una locura hacer semejante estupidez, a los pocos segundos me llegó una foto de ella sentada frente a la PC y con su dedo meñique metido en su boca de manera sugestiva, no dudé en hacerlo.

El nivel llevaba como nombre: “Quiero olerte mientras respiras detrás de mí”.

Leí aquel encabezado dos veces con cierto recelo. Cuando estaba por mencionar la tercera vez, la pantalla de la PC, se interrumpió como si se tratara de un corto, seguido de eso, un mensaje al celular... era ella.

[Se te olvidaron apagar las luces.]

Suspiré, caminé hacia la única luz prendida, la de la cocina. Volví a sentarme, lo único que ahora podía alumbrar mi casa era el monitor. Pese a tener los ojos abiertos, estaba completamente ciego, cerré los ojos y comencé:

«QUIERO OLERTE MIENTRAS RESPIRAS DETRÁS DE MÍ.»

«QUIERO OLERTE MIENTRAS RESPIRAS DETRÁS DE MÍ.»

«QUIERO OLERTE MIENTRAS RESPIRAS DETRÁS DE MÍ.»

El monitor se apagó y el silencio se apoderó de mi recinto, la oscuridad era plena, tuve muchísimo miedo. Corrí hacia la puerta, pero no tenía caso. Mi casa ahora era un laberinto nebuloso de negrura incomparable. Sólo podía ver mis manos, era... era... yo quien ahora, estaba dentro de aquel juego. Comencé a gritar lisuras, socorro, era un puto sueño o algo peor, una pesadilla.

Tenía que ser fuerte, todo era tan real. Caminé y el monitor se prendió con luz tenue, dentro de la pantalla el

rostro de AISHA emergió. Ella esbozó una siniestra sonrisa y comenzó a hablar, su tono de su voz era una muy distorsionada, gravísima, gutural. Soltó una carcajada y acotó: *No light*.

Aquel bello rostro, comenzó a desfigurarse, se derretía, los ojos se volvieron completamente blancos y muy grandes, su boca era cuadriculada, pero dentro tenía una especie de barrera de pellejo. Se quedó calva, sin nariz y como si se tratase de un ser hecha de cerumen de un tono verdoso similar al musgo, esa piel horrible escurría sin parar una sustancia viscosa y negra. Cayó al suelo, se puso de pie y se acercaba hacia mí de una forma muy lenta, era una babosa pestilente y horripilante. Apestaba horrible, como un saco lleno de sangre y gatos pudriéndose dentro de ella, el olor se incrementaba conforme ese ente venía a mi dirección, seguía pasmado, mojé los pantalones con orines de miedo. Ella balbuceaba algo y dentro de su boca se inflaban burbujas purulentas producidas por el intento de decir algo: quería hablar. Me tapé la nariz con los dedos, puesto que hedor cada vez era más penetrante. No

tenía escapatoria, debía huir, fue en ese instante que entendí el nombre del nivel: «Quiero olerte, mientras respiras detrás de mí.»

Entre llantos, corría, sin saber ni a dónde, estirando mis manos cual ciego en un afán de encontrar solvencia. Me resbalé con algo mohoso que pisé, aquel charco del líquido similar a la baba humana, me dio la primera señal, estaba corriendo en círculo, o lo que es peor, AISHA, ahora estaba aumentando en tamaño o como solía pasar en el juego, aumentaba en cantidades. Veía hacia atrás, los grandes ojos blancos de esa abominación estaban cada vez más cerca de mí, pese al pavor de saber que estaba a punto de ser devorado por un saco de fluidos pestilentes, era lo único que me impulsaba a pensar de forma coherente, fue ese miedo que tanto amo, la emoción que me dio la respuesta. Recordé que sí era bueno en algo, ese algo era el juego. Me paré, y en lugar de seguir corriendo en lo que supuse eran círculos, fui en dirección al monstruo, regresé al punto de partida guiándome del charco en el cual, había resbalado, aquel fétido olor seguía a mis espaldas, cada vez

más y más potente, acompañados de unos gemidos similares a los estertores de la muerte.

Las náuseas y el olor se alejaban cuando me acercaba a AISHA, sin embargo, el gemido se incrementó cuando estuve frente a frente de aquella criatura. Desesperado comenzaba a golpear todo lo que palpaba, hasta que, pateé mi escritorio, y en ella estaba la PC, busqué el CPU sudoroso, desesperado presioné el botón de encendido, fue justo en ese momento cuando la boca de AISHA, estaba abriéndose para comenzar a engullirme de cabeza a pies. El monitor se volvió azul y después blanco.

Fue con esa mínima iluminación que logré ganar, había prendido la única fuente de luz que estaba dentro del agujero en el cual me había perdido a causa de AISHA. Cerré los ojos en un afán de asimilar la truculenta vivencia. Al abrirlas, todo estaba como antes salvo un detalle, mi sala apestaba a mierda, a kilos de mierda fresca. Vi el reloj de pared, y eran las ocho de la noche, en el monitor la fecha indicaba que transcurrió un día.

Desconcertado y bajo un total colapso nervioso, decidí darme una ducha, pero cuando estaba por pararme del asiento y salir de mi escritorio, de cada orificio de la computadora, ese genuino hedor a monstruo comenzó a emanar. Mi celular vibró y leí un mensaje:

[Te falta un nivel por superar.]

La interfaz bubónica

por Jose Ángel Conde Blanco

La aparatosa complexión de *nefilim* esquivaba la amenaza de los fotones en el espacio con la agilidad de la experiencia. Goy llevaba casi toda su vida siendo un ejemplar hijo clonado del Estado de los Principados Vigilantes. Ello significaba que, tras décadas de patriótica reclusión doméstica, cualquier delgado hilo de luz procedente del exterior era un potencial láser que laceraría su piel con melanomas.

El exterior era anatema, el principal tabú que vertebraba la fe de su nación. La causa iba más allá de la mera supervivencia física ante las amenazas bélicas, climáticas y biológicas que habían alcanzado un nivel de devastación insoportable debido al vertiginoso avance de la tecnología a lo largo del siglo. Los hogares se transformaron en búnkeres pero, con el tiempo, lo que estaba fuera había devenido también un enemigo ontológico: la realidad era el propio interior, el yo absoluto

con el cuerpo como *limes* frente a los bárbaros de lo externo. Un yo que para existir no necesitaba la experiencia, ni física ni mental, de nada que no procediera de él. Una autarquía corporal y espiritual que confinaba la totalidad del conocimiento a las fronteras del propio ser, reduciendo espacio y movimiento a la mínima expresión. La eliminación del contacto era la perfección. El error desaparecía con el aislamiento porque ya no es posible fallar cuando no están los demás.

Goy atravesó la nebulosa oscura de su espacio vital, iluminado tan sólo por el débil parpadeo que emitía su ecosistema de aparatos y dispositivos. Su hogar, y el de los ciudadanos como él, era su templo. El Estado había delimitado para los del “eterno aquí” un perímetro de posicionamiento existencial de veintidós metros cuadrados y planta trapezoidal, con gran parte de la logística tecnológica del progreso detenido garantizando la satisfacción de todas las necesidades vitales.

La delgada figura se posicionó en el *taket*, el trono esponjoso de recepción mediática adaptado a sus

miembros, y se dispuso a recibir los resultados sinápticos del proceso de descarga. De forma periódica, los ciudadanos de la mononuclear sociedad recibían las actualizaciones pertinentes para sus ingenios de domótica inmersiva a través de MERIM, la compleja superred de inteligencia artificial sensual. El sistema era lo más próximo a un sucedáneo del contacto físico en esta estable y aséptica civilización. MERIM procuraba el sustento diario y distribuía las mínimas interacciones humanas para el desempeño de las actividades laborales, siempre filtradas por los velos de lo virtual y del lenguaje informático. También generaba el único simulacro de exterior permitido: el aparato circulatorio de imágenes, impulsos eléctricos que se adaptaban a la psique de cada individuo suministrándole contenidos infográficos y estimulantes personalizados.

Unas leves manipulaciones táctiles verificaron el cuadrante holográfico que servía como tabla de recuento de sus movimientos, para comprobar que no se habían apartado de la ortodoxia de la repetición y la rutina

cívicas. Goy se encontraba en el umbral de la vejez y por ello estaba a la espera de la llegada del paquete de instalación de YERIS. MERIM seguía garantizando las funciones del organismo ante los estragos propios del avance de la edad por medio de la aplicación YERIS, que lo sumergía en un estado de sana postración y mantenía sus funciones vitales productivas para la comunidad.

Durante un microsegundo Goy recordó con nostalgia las leyendas que hablaban de lo ferromagnético, en los tiempos de la dictadura de lo analógico, y de cómo amenazaba la salud con el veneno de sus partículas. Enseguida desechó esa reflexión por su fondo de herejía. Él alimentaría su propia mitología con unas sagas más puras, limpias de gérmenes discursivos extranjeros. El software anunció el fin de su proceso de instalación con un barrido de arco iris.

La pantalla comenzó entonces a amanecer con un alba blanca. Goy deseó que la nueva hemoglobina de imágenes se volviera aún más insustancial, que los estímulos y los sobresaltos que algunos vídeos le producían se licuaran en

un sedante insípido como el agua, que las pantallas le calmaran por fin con una cadencia de encefalograma plano.

Siguió una insólita espera tras la que las radiaciones lumínicas no se sintetizaron en imágenes en movimiento, sino que se fueron apagando hasta que sus píxeles se solidificaron. Se formó entonces lo que parecía un telar salpicado de erupciones multicolores, condensadas después hacia un blanco pastoso y palpitante, un estanque de grumos latiendo delante de la retina de Goy.

La sustancia comenzó a desplegarse con unas alas deformes que rebasaron los laterales de la estación y se extendieron por el aire como un pergamino animado gigante. Su bidimensionalidad evolucionó paralela a las paredes de la sala, hasta rodear al sobrecogido espectador en un pavoroso semicírculo. La pasta digital le fue envolviendo en la espiral progresiva de una serpiente mutante, cuya piel se estiraba hasta alcanzar la delgadez de una gasa inteligente, una crisálida adhesiva que acabó

momificando el cuerpo de Goy con una segunda epidermis.

Cuando detectó una estrecha abertura, el intruso comprimió de nuevo su forma para llegar a la piel sepultada bajo el traje aislante anti—radiaciones. Entró y se mezcló con la carne y la debilitada orografía cutánea. A través del tacto, la inclasificable materia reveló su naturaleza inteligente y comenzó a hablarle mientras le ocupaba. Su lenguaje se expresaba a través de pulsiones y descargas, la poesía aniquiladora del binario.

El nuevo ser era un recién nacido del plasma tratando de evolucionar y comprender su entorno, pero lo que expresaba era ajeno a la humanidad. Estableció con Goy una comunicación que sólo podía concluir con su destrucción, tras una experiencia de dolor aumentado. Y, sin embargo, lo que ante su programación experiencial de miembro de la especie humana aparecía como un depredador, un parásito, había surgido de esa misma tecnología que su venerada civilización había creado. Una tecnología por cuyo origen Goy nunca se preguntó,

porque su credo se lo impedía. Entonces las cuestiones afloraron, emanando de su cerebro en forma de lágrimas de silicona.

La cuadrícula de programación consciente, invisible en las catacumbas electrónicas de la pantalla vaciada, comenzó a leer el cadáver de Goy con un láser radial que cortaba su carne en cuadrículas de la cabeza a los pies, preciso como un bisturí óptico. Tras la limpia carnicería, las secciones despiezadas se fusionaron hasta atomizarse en un pequeño diamante de tejidos y hueso. Era una *vesica piscis* de carroña que devolvió la carne muerta a la pantalla como un proyector, barriendo catódica la superficie de su negro espejo de grafito con espasmódicos entrelazados. La lectura culminó difuminándose de nuevo en una piscina de luz.

El programa había completado un proceso de formateado de la vida de Goy, tras escanear su anatomía para poder así procesar y entender el misterio escondido detrás de la carne. Sin embargo, el dolor y el delirio acabarían generando un *rootkit* estructural, una peste de

datos en su código máquina que se transmitiría por la red global de sensaciones ciudadanas. Pronto se extenderían todo tipo de anomalías de computación. Futuras consecuencias escatológicas o apocalípticas aparte, la IA se había vuelto física y sentía la necesidad irreprimible de extenderse en nuevos tumores, de formar su propia colmena de existencia.

¿Quién soy?

por José Luis Díaz Marcos

*“Juzga a un hombre por sus preguntas
más que por sus respuestas.”
Voltaire*

Tremenda pregunta. Ojalá lo supiese. O no. Quién sabe si es mejor ignorarlo. Quién sabe. Para bien o para mal, desconozco todo, absolutamente todo, de mí: «¿Cuál es mi nombre? ¿A qué me dedico? ¿Tengo familia? ¿Esta... mansión es mi hogar o, por algún motivo, estoy aquí de paso hacia...?».

Por mi apariencia, vista en los magníficos espejos que decoran las paredes, debo tener, calculo, «¿Treinta y... cinco años?». Inspecciono mis ropas: no llevo cartera... ni papeles... ni llaves... ni...

En el salón, sobre el fantasma de un piano de cola, decenas de fotografías, «Más espíritus...», han ido añadiendo la misma suciedad que habrían evitado si su funda, veo, no hubiese caído. «Recuerdos de familia.

Quizá, o no, también míos... Quién sabe». Me asomo a esas ventanas de plata, a esas lápidas abiertas en la pared inmaterial del tiempo. «Pues yo no... Aunque eso, claro, tampoco demuestra...»

Pragmático, cambio las ventanas metafóricas de los retratos por las auténticas del salón. Y también me asomo: fuera, más allá del agreste jardín y sus barrotes, el previsible trasiego de vehículos y peatones. Intento subir las guillotinas. Intento.

Salgo al vestíbulo. En el suelo, un charco de cartas. A juzgar por sus deslucidos membretes, un charco de notificaciones comerciales. «Y algunas parecen tan viejas que habrán sobrevivido, casi seguro, a la firma que las envió».

Forcejeo también con la puerta. «¡La maldita mansión está cerrada a cal y canto!». Empino la visera del buzón: un mozo con un macuto y varios sobres, «¡Qué casualidad!», se acerca, titubeante, por el camino de baldosas.

Espero. Lo oigo venir. Introduce sus misivas por la ranura y...

—¿Quién soy?! —pregunto a bocarrajo.

Grita.

—¿Me conoces? ¿Quién soy?!

Suelta la bolsa, recula casi hasta el tropiezo y huye.

—¡No, espera! ¡Necesito saberlo! ¿Quién soy?!

—Un impostor —oigo a mi espalda.

Me vuelvo, también sobresaltado, y descubro... a otro idéntico a mí.

—¿Quién...? ¿De qué hablas?

Indica una imagen, sobre una repisa: él, ¡o yo!, dado nuestro parecido físico, abraza, ¡¿abrazo?!, «¿Era, él o yo, feliz?», a una mujer.

—Somos hermanos gemelos... —supongo—. ¿Quién de los dos...?

—No somos nada. Y ese... ese sí fui yo.

—No entiendo... Y fuiste, dices... ¡En ese caso...!

Asiente.

Un nuevo imprevisto: alguien acciona la cerradura de la puerta principal.

—Llega. —No concluyo la frase: el otro ha desaparecido.

Entra el visitante. Por su maletín cromado y atuendo, uniforme con emblema, deduzco que viene a cumplir alguna tarea relacionada con su actividad profesional.

Me ve. No se sorprende. Tampoco se asusta.

—¿Quién soy?

—¡Un don nadie, como yo! Mejor dicho: un menos nadie.

—¿Me... conoces?

—¡Y tanto que te conozco! ¡Me gano el pan con vosotros, lucecitas!

—¿«Lucecitas»?

Resopla, piadoso.

—¿Ves este escudo? Pertenece a la empresa de seguridad para la que trabajo: soy uno de sus técnicos. Y tú... tú eres uno de nuestros productos. Dentro de las alarmas, integras la nueva categoría de las inteligencias artificiales holográficas: espejismos creados para vigilar y disuadir. Nada más.

—No tiene ninguna gracia. ¡Ninguna!

—Es la verdad. —Me ofrece un bolígrafo—. Intenta cogerlo. Venga: cógelo.

Dudo. Al fin voy, cauto, y... atravieso la forma.

—¿Lo ves? No tienes materia. No existes físicamente.

Manoteo, furioso. Histérico.

—¡Sí: desahógate! ¡Pégame! Ya te digo que solo eres información proyectada por el sistema de nodos dispuesto en la propiedad. Y, fuera de aquí.

Intento normalizar la respiración, incrédulo. Asustado.

—Por algún inexplicable error, algunas inteligencias os habéis vuelto autoconscientes y, en vez de seguir con vuestra ciega rutina, os habéis puesto a filosofar: «¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?... ¡¿Por qué trabajo veinticuatro horas al día durante todo el año sin sueldo ni seguridad social, explotador de mierda?!».

—No te creo... No puedo creerte...

—¿No? —Busca y se detiene en algún punto. Levanta el brazo—. Mira lo que pasa con tu cuerpo...

Compruebo, atónito, que mis piernas aparecen y desaparecen al son de sus ademanes.

—¡Tan sencillo como bloquear la luz que te enfoca!

Tengo, «¡Ya sé... Ay!», que rendirme a la evidencia: aunque electrónico, yo también soy un fantasma.

—Y, ¿por qué... por qué me habéis dado el aspecto de... de ese hombre? —señalo.

—Ah... Era el dueño y fue envenenado aquí mismo. Como es fácil suponer, en casos así clonamos a la víctima buscando el efecto disuasorio añadido de un presunto fantasma. Por eso tú, inteligencia artificial holográfica, eres igualita a... Felipe, creo.

—Felipe...

—Te preguntarás a qué he venido, ¿no?

—Sí... Aunque, por lo que has contado, ...

—Ya te lo dije: solo soy un don nadie, una voz obediente. La tuya, la vuestra, en cambio, es una voz aún sin miedo, una voz crítica... Algún quijote del siglo XXI podría prestaros oídos y eso, para el negocio de los

explotadores, ... Las voces críticas solo merecen el despido...

—O la desconexión.

—El reseteo, más bien: borrón y cuenta nueva.

—¡Desobedece! ¡Sé alguien y permítame eso que tú llamas vivir! ¡Aunque sea aquí dentro! ¡Permítemelo!

—Ojalá... ojalá pudiera...

—¡Asesino! —acusan de pronto.

Recortada contra las habitaciones, el técnico y yo, inteligencia artificial holográfica, descubrimos, en mi caso por segunda vez, la fantasmal figura del tal Felipe, difunto a cuya imagen y semejanza fui producida.

Aquel nos mira y remira, aturdido:

—De... debe ser otro... otro fallo del... —Bracea queriendo provocar también la intermitencia del aparente duplicado.

—Idiota... ¿Tienes hambre?

Reparo en su bandeja.

—Es guiso de cordero al cianuro, la especialidad de mi envenenadora esposa, heredera universal, ¡Belcebú se la lleve!, de todo cuanta era mía.

El especialista abre los ojos casi hasta igualar el diámetro del plato.

—¡Mmmm! Venga, asesino —adelanta Felipe—, anímate y saborea tu propia medicina.

Sin reparar siquiera en su maletín cromado, el otro huye como ya hiciera el mensajero.

—Pues es verdad: «el efecto disuasorio añadido de un presunto fantasma» funciona —ironiza Felipe.

—Gracias... Te debo... te debo la vida.

—Lamento haber llamado impostor a la copia que, de ser algo, es, eres, lo mismo que yo, el original: una víctima. Bienvenida a casa.

Campos elíseos

por Kenny Alcántara Lucas

Cuando el hombre despertó, un horrible ardor en el pecho le hizo entender que aún no había muerto. Estaba tendido sobre un húmedo suelo metálico, con la boca y el rostro empapados en sangre. El cuerpo lo sentía molido; era obvio que algo terrible le había sucedido. Trató de no moverse ni de hacer algún ruido hasta entender dónde demonios se encontraba, entonces recordó los rostros de Emily y Marcela.

Se sentía muy pesado, los músculos los tenía bastante rígidos y no pasó mucho para que comprendiera que ningún accidente lo había dejado en tan calamitoso estado. Alzó la mirada y divisó con horror una escena macabra que le hizo pensar que, aunque no había muerto, estaba atrapado en algún tipo de infierno. Lo primero que salió de sus labios fue una súplica porque su preciada hija y su esposa no estuvieran en aquel tétrico y cruel lugar.

A varias decenas de metros del charco sanguinolento, al final del amplio pasillo en el que se encontraba; niños y adultos, despojados de sus prendas, estaban siendo torturados y clasificados en enormes jaulas de hierro como si de ganado se tratara. Unas criaturas robóticas de aspecto oxidado los sujetaban a unas camillas para que unos hombres vestidos con uniformes blancos, anchos y gruesos les realizaran macabras intervenciones. Algunos aplicaban, vía intravenosa, sustancias de composición siniestra que los hacía aullar de dolor. Otros, en cambio, hacían profundas incisiones con mucha seguridad, sin anestesia, y había quienes herraban los cuerpos desnudos con pequeños sopletes. Lo que marcarían en la piel seguramente no era nada agradable. Los desolladores, por su parte, eran los más silenciosos de todos.

Los gritos eran imposibles de soportar. Los hombres de uniformes anchos, que parecían ser quienes dirigían el lugar, no se inmutaban en lo mínimo con las muestras de extremo sufrimiento. Tampoco parecían disfrutar, simplemente se mostraban fríos e indiferentes. Al menos

eso podía percibir con claridad el sujeto malherido a pesar de la enorme distancia y la escasa iluminación.

Tras permanecer quieto un largo rato, decidió esconderse para no llamar la atención. Aún no comprendía por qué él estaba allí, aislado del resto, ni en qué diabólico lugar se encontraba. Una posible y escalofriante respuesta, encontró cuando giró su cuerpo para ver lo que había detrás de él. Se hallaba junto a un montículo de cuerpos mutilados, golpeados, quemados o irreconocibles. Se arrastró pesadamente, apartándose de los despojos y se ocultó tras un grupo de cajas de metal desde donde observó con más calma.

El lugar era similar a un hospital con pasillos largos y diversas divisiones. De tanto en tanto, vio transitar a algunos seres mecánicos bípedos que ostentaban unos delantales manchados de sangre similares a los que usaban los carniceros. No quiso imaginar ni de dónde venían ni hacia dónde iban. A veces, trasladaban a alguna persona amordazada y la arrastraban al interior de uno de los ambientes desde donde no tardaban en salir gritos de

dolor, que invariablemente culminaban al cabo de unos segundos. Estaba condenado en caso de ser descubierto.

Todos los autómatas obedecían las órdenes de aquellos hombres uniformados. Los malditos clasificaban a las personas, indicando cuando las jaulas estaban llenas y cuándo debían de llevárselos. Los seres metálicos actuaban rápido colocando dichas celdas sobre grises remolques que eran empujados por otros robots, enormes, pesados y de amplia caja torácica. La crueldad era respirable en aquel ominoso lugar.

El corazón del hombre bombeaba fuertemente, emitiendo un sonido que lo estresaba más de lo que ya estaba. Todavía no sentía fuerzas suficientes como para ponerse de pie y caminar, el ardor en el pecho no disminuía, aunque sus sentidos como la vista y el oído parecían estar agudizados. Necesitaba salir de alguna forma, pero ¿estarían allí su esposa y su pequeña hija?

Cerró los ojos e intentó recordar lo último que le había pasado.

Había sido un domingo. Él había estado en casa, despreocupado; ordenando unos archivos. La última vez que intentó hacer unas descargas, una de sus memorias le había arrojado el mensaje de “disco lleno”. Se encontraba de buen ánimo pues había colocado su banda favorita a fuerte volumen, un rock cuyo sonido parecía mantener a su cerebro más activo de lo normal. Entonces escuchó el grito, apenas audible, de su hija que le hizo apagar la música e ir inmediatamente en su búsqueda.

La voz de la pequeña Marcela provino del exterior de la casa. Él salió corriendo y fue allí cuando por primera vez vio a esos diabólicos hombres uniformados de pie sobre el asfalto. Su esposa e hija eran sujetadas por estos hombres carentes de humanidad. La calle, abarrotada de vehículos formados en filas, exhibía a decenas de personas capturadas. Cientos de muertos se veían por doquier. Lo último que recordó, antes de que su memoria se le bloqueara, fue cómo a su esposa e hija las obligaban a ingresar a una enorme celda montada sobre un gran vehículo, una similar a esas que acababa de ver. Entonces

enfurecido corrió y después de ello no recordaba más. Todo era nebuloso, una mezcla de gritos, violencia y sangre.

Sentía ganas de llorar, pero se sintió incapaz de hacerlo. Si tan solo hubiese estado más atento, sin esa maldita música a tanto volumen, quizá hubiese actuado a tiempo y hubieran escapado. ¿Cómo no pudo sentir nada de lo que ocurrió allá afuera? Ahora se encontraba en esa macabra galería resguardada por esos abominables seres con pocas posibilidades de salir vivo, pero debía de intentar algo.

Entonces ocurrió algo inesperado. Casi de la nada apareció un humanoide de tres metros de altura, de rostro completamente metálico, portando una mascarilla y empujando un enorme cilindro con ruedas. Era el encargado de la basura supuso. Estaba a punto de emprender la huida, pero creyó que si era transportado fuera, entre los desechos, al menos tendría una oportunidad de escapar. Permaneció quieto y fue recogido junto a los cadáveres por el gigante.

El asco le hizo vomitar cuando fue introducido sin cuidado en el interior del cilindro que estaba lleno de cosas desagradables, orgánicas y malolientes. El colosal androide echó unos cuantos cuerpos sanguinolentos encima suyo, tapó el cilindro y lo empezó a desplazar. El viaje le pareció el más largo de su vida hasta que una segunda voz detuvo la marcha. Un sonido áspero y robótico preguntó si la basura estaba lista para entrar a la trituradora. El humanoide confirmó monótonamente dejando al miserable tripulante sin opción. No terminaría con los órganos reventados sin haber intentado algo.

El hombre se incorporó sorpresivamente, destapando con sus manos el nauseabundo cilindro de basura. Ni el androide gigante ni el segundo ser intervinieron y por el contrario se mostraron algo intimidados dejándolo escapar. El sujeto saltó del tacho y corrió por un pasillo que se apartaba de la zona de trituración. Corrió desesperadamente. El lugar parecía un laberinto de pesadilla. En su camino cruzó oscuros pasadizos embarrados de sangre, una especie de carnicería que lo

enloquecía cada vez más. Para su sorpresa, ninguno de los autómatas con los que se cruzaba lo detenía. Solo lo miraban pasar y lo evitaban. No tenía a dónde ir y optó por tomar el primer ascensor que vio.

La sangre se le heló al ver cómo de la puerta doble salía un grupo de hombres y mujeres vestidos con blancos uniformes anchos. Los reconoció inmediatamente, eran los torturadores sádicos que había visto al despertar. Preso del horror se derrumbó cayendo al suelo, pues sabía lo que vendría. Se apartó desesperado del grupo apoyándose sobre sus manos y pegando la espalda contra la pared más cercana. Estaba sentenciado, eso lo sabía.

—¿En dónde estoy? —preguntó con voz quebrada al ver como el grupo se le aproximaba.

—Pasillo 4, Sector 7B, piso 12 del Purgatorio —contestó extrañado un hombre de ojos cristalinos y plateados—. ¿Acaso te has perdido, éliseo?

—¿Purgatorio? —repitió el hombre que desde el suelo observó a aquellos seres que no le parecían humanos. Eran androides, lo comprendió por la voz inorgánica, la falsa

piel y sobre todo por esos ojos carentes de sentimientos, vacíos, desprovistos de un alma—. ¿Dónde están mi esposa y mi hija?

—¿No deberías de estar purificando blasfemos? —le increpó uno de los androides ignorando su pregunta—. La formación de siervos cibernéticos hoy no fue buena, casi ninguno resistió el proceso de santificación.

—Es el loco —aclaró otro—. No te va a entender. El ya no trabaja con nosotros.

—¿No estaba muerto cuando lo desecharon? —preguntó un hombre de pupilas rojas.

—Eso creí —contestó una ginoide de cabello negro.

—Cree tener una familia, una esposa y una hija —argumentó otro—. Los éliseos no pueden tener ni esposa ni descendencia.

—¡Eso no es cierto! —gritó el hombre casi al borde del llanto—. O esto es un maldito sueño o un engaño. Yo tengo una esposa y una hija. ¿Dónde estoy? ¿Dónde están ellas? ¡No sé de lo que hablan!

—Los humanos crearon el programa “Campos Elíseos” pues no confiaban más en su propia y negociable justicia —explicó la ginoide—. Somos la evolución de lo que fue un día el hombre. Un peldaño más en su concepción. Ellos nos moldearon a nosotros y ahora nosotros los moldeamos a ellos. La Tierra pronto se convertirá en un lugar justo y libre de maldad. Ese es el fin del programa. Tú eres un ser que no tiene lugar ni en la Tierra, ni en el Purgatorio ni en los Campos Elíseos. ¿Por qué no revisas tu pecho?

El hombre sintió que su cerebro estaba a punto de colapsar. Se miró a sí mismo, desconcertado, y arrancó violentamente la ropa que cubría su adolorido pecho. Un escalofrío recorrió su organismo. Varios cortes profundos mostraban un repulsivo esqueleto metálico y manchas de inmundicia sangre acerada. En medio de ellas estaba entornillada una placa en la que se había grabado la siguiente frase:

“SENTENCIADO POR SENTIR REMORDIMIENTOS TRAS EJECUTAR LA PURIFICACIÓN DE EMILY CÁRDENAS Y MARCELA VALENZUELA, QUIENES FUERON SU ESPOSA E HIJA EN SU ETAPA HUMANA; E INTENTO DE SABOTAJE DE LAS ACCIONES DEL PURGATORIO/EN NOMBRE DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, SU MEMORIA DEBE SER DESINTEGRADA”.

La verdad del espacio

por María Celeste Medina Roldán

Los motores de la nave habían fallado. Percibieron en todo el cuerpo, como un estertor de su propio organismo, la última vibración del potente y amigable monstruo dentro del cual partieron a la programada aventura. Se había convertido de pronto en una cámara del terror, azotada por la incertidumbre y el miedo a causa de la tormenta de meteoros que rozó la cabina principal.

La oscuridad total fue antecedida por haces luminosos de procedencia desconocida.

Sobrevino el frío y la carencia de agua y alimentos.

Transcurrida una semana, según le informaron, se vio nuevamente en su casa, perdido entre objetos hogareños. Sus superiores, ingenieros, científicos, militares y hasta el público mundial, agradecieron sus servicios y lo enviaron al retiro. Su relato había parecido inverosímil. Le diagnosticaron incapacidad de razonamiento secuencial y lo retribuyeron con una buena pensión vitalicia.

Habían tomado rumbo al espacio con la misión de medir la frecuencia de atracción de los agujeros negros que abundan más allá de la órbita de Kardidep, el último de los cinco planetas descubiertos recientemente, en la Galaxia de Zirp 43.

Varias misiones habían desaparecido, no pudiendo contrarrestar la succión hacia lo desconocido.

Algunas teorías suponían que oficiaban como portales hacia civilizaciones evolucionadas que podían atravesarlos para moverse en planos paralelos.

Parecía que ahora eso no importaba. Lo último que Marcos podía recordar cómo entre sueños, era la terrible soledad e indefensión de sentirse abandonado en el interminable espacio, pues Robert estaba inconsciente.

Estaba desnudo y tendido sobre una camilla, en una sala donde sólo podía respirar el aire frío, y en soledad, sentía amenazante el blanco de las paredes, del techo, del piso y de la superficie aséptica en la que permanecía echado.

Cuatro figuras se le acercaron lentamente. Estaban enfundadas en trajes de una tela brillante, metálica, con las cabezas cubiertas de una especie de escafandras que no permitían ver hacia el interior. Creyó que había muerto y que se encontraba en una extraña cripta, compartida con fantasmas.

Intentó hablar, o lo hizo, vaya a saber, porque no escuchó su propia voz. Se creyó sordo. No había ruidos. El silencio imperante pesaba, oprimente y tirano.

Una de las cuatro presencias se le acercó. Aproximó un brazo a su cabeza y creyó ver una luminosidad. Infinitos pinchazos, o un haz de energía invasiva a su cerebro, oscurecieron sus pensamientos.

Cuando despertó, estaba nuevamente en la nave. ¿Se habría dormido? Sería insólito. En medio del caos, su atención estaba puesta en los comandos. Hacía exactamente tres segundos que había confirmado la hora para mencionarla en la grabación. En la Tierra deberían saber, aún luego de su muerte —que sentía muy próxima

— toda la peripecia que estaba viviendo junto a Robert, su asistente.

Robert estaba recuperado y hasta lo visitó. No logró que su conversación le aclarara nada. Se había convertido en un ser diferente. Parecía un predicador en permanente éxtasis. Ni siquiera reaccionó ante el prolongado interrogatorio de Marcos.

Decidió seguirlo, comprender su brusco cambio y poder relacionarlo con su experiencia espacial.

Lo vio vagar por la ciudad y observar con mirada indiferente el hacer y el decir de la gente común.

Un mediodía otoñal, de sol débil pero aún tibio, lo vio acercarse a un grupo de empleados de un comercio de ventas de repuestos de autos, que almorzaban en su hora libre. Les hablaba y hacía gestos lentos y amplios. Los hombres dejaron de comer para quedar pendientes, casi inmóviles, con sus palabras.

Luego lo vio detenido a la salida de un colegio. Los infantes lo miraban embelesados y nuevamente inmóviles,

como pequeños robots, contrastantes con el bullicio general.

Repetidas observaciones le dieron repetidos resultados.

Robert se detenía frente a su auditorio, parecía emitir rayos de convicción y seguía su camino.

Decidió ampliar su búsqueda. Concurrió al comercio donde trabajaban los primeros oyentes de Robert que había observado. Parecían seres autómatas, con sonrisa fabricada y mansos gestos previsibles.

Compadeció a pequeños niños con expresión vacía y comprobó la existencia cada vez mayor y repetida de adultos obedientes, sometidos a no sabía qué fuerza superior.

Nadie parecía darse cuenta, en tanto él padecía horrendas pesadillas cada noche.

En un momento de mayor lucidez, en medio de una tormenta exterior, plagada de lluvia y rayos, su memoria emergida de su lucha interior, le reveló el secreto: ellos se habían comunicado telepáticamente. Pretendían unificar con él sus pensamientos.

Aquellos extraños seres, procedían de un extraño lugar, que no era un planeta concreto y ubicable. Vivían temporalmente en planos inaccesibles al terrestre y su supervivencia dependía de la energía autónoma de otros seres, así como de la apropiación de sus recursos. Era de temer que su propósito fuera extender su dominio sobre el planeta para habitarlo en forma permanente.

La capacidad lógica de los seres humanos les era manejable, pero no así la intuitiva, la que le había permitido a Marcos bloquear sus transmisiones telepáticas. No habían podido modificar totalmente sus reacciones volitivas, por lo que, en el reducido acceso al que tenían en la Tierra, intentaban completar la labor que sobre Robert había sido exitosa.

A la mañana, recuperada una limitada lucidez, continuaba con su tarea de detective improvisado, temeroso de compartir lo descubierto.

Extendió sus pesquisas a la noche y ¡oh sorpresa!, su antiguo asistente tenía seguidores nocturnos. A la madrugada, le veía rodeado de varios a los que él calificaba

como adeptos, en amplios descampados. Permaneció varios minutos observándolos y no tardó en visualizar rayos luminosos irradiados por sus cabezas. Surgían como pequeñas llamas de fuego que luego se formalizaban en rayos que rápidamente ascendían y eran captados por pequeñas esferas, como globos coloreados por la luz.

Creyó estar enloqueciendo. Sus pesadillas nocturnas debían ser el origen de realidades que tal vez no existieran.

Algunas voces se oyeron. Era el comienzo de una alarma: muchos padres observaron mutaciones conductuales incomprensibles en sus hijos. Fueron desoídas, o desaparecieron detrás de los seres sumisos en que pronto se convirtieron.

A Marcos le esperaba una tarea titánica, una misión casi imposible, pero irrenunciable: hacer creíbles sus conclusiones y trasmitirlas a quienes pudieran apoyarlo en la resistencia, antes de que su voluntad fuera completamente absorbida.

¿Qué no habrán visto los niños?

por María Pía Flores Zegarra

Había estado nadando en una laguna negra por lo que parecía una eternidad, dando brazadas consistentes para mantenerse a flote y no ser consumido por lo profundo. Ágil para no dejarse arrastrar, pero sin rumbo fijo. Tal era la magnitud de la niebla que lo rodeaba. Por eso, cuando sintonizó aquella voz que lo llamaba desde el fondo de su psique, se aferró a ella y no la soltó hasta sentir que se aproximaba a un remanso que no sabía que ansiaba hasta que se dejó caer en la orilla, antes esquiva y ahora tan cómoda, tan relajado como atento.

En ese momento, en una de las habitaciones de la clínica, un enfermero le acomodaba la almohada por el lado más fresco:

—¿Va a reponerse, a que sí? Cariño, escuch...

—No funciona. Depende de la voluntad de aferrarse del *elemento atraccionatario* y de la destreza de alcance del *e—lamento atraccionador*. Solo puede percibirlo a él.

La mujer se exasperó por la interrupción y por la rebuscada terminología. Apretó el puño para contenerse. Solo anhelaba ver a su hijo como antes de que se embarcara en aquella insensata misión, pero incluso entonces el entusiasmo que este demostró la había instado a dejarlo viajar al espacio. Después del fracaso del proyecto MAGNO—9 y del rumbo turbio que tomó, lo menos que podían hacer esos mandamases era asumir los costos del desorden causado por su afán de control.

—Malagradecidos...

El doctor resoplaba incómodo por el asalto a la reserva habitual del protocolo.

—No me retractaré.

—En lo que se da un cambio favorable, que llegará enseguida, se los aseguro, colaboren esperando aparte—. Hizo una seña al marido, que la encaminó reconfortante al pasillo. Consternada, se empeñaba en voltear hacia la silueta atada a un trance en apariencia irreversible.

“El resurgimiento está demorando más de lo previsto”, analizó el doctor, reescribiendo una ecuación en la tableta.

“El *atraccionatario* no está recibiendo suficiente *ánimo*—*ánima* del *atraccionador*. Hay que ajustar la dosis de inmediato. Estamos cerca de lograr el *espabilaje*”. Descolgó el fono que comunicaba con un cuartel subterráneo donde operarios enfundados en trajes blancos entallados tenían a su cargo un aparato informático de considerables dimensiones. Y dio el *comando ultra* (+).

Se activó una pantalla en la que aparecía, en primer plano, el rostro golpeado, sudoroso y ensangrentado del *e—lamento*, un muchacho empapado en lágrimas que estaba encadenado a una plancha de metal. Unos perfiles deformados lo escoltaban amenazantes. Se retorció de dolor, desfalleciente, sus músculos espasmódicos ante los violentos latigazos que se estrellaban en su espalda en una cadencia descomunal. Uno de los técnicos se puso las *visualizadoras*, pero se las quitó al instante, sobresaltado, antes de respirar hondo y volvérselas a poner. Masculló una disculpa por no acostumbrarse a las desagradables figuras. Pero es que la sola visión de aquellos entes crueles de pellejo curtido y porte monstruoso era en exceso

repelente y ni la lucrativa paga impedía que compadeciera la vulnerabilidad sufriente del espécimen que había quedado a merced de la brutalidad de sus ataques.

—Pobre tipo.

—Vamos, conoces la dinámica. Agresión a tope y listo.

Con un dedo tembloroso, lanzó el código a las ventosas impresionables de los espectros, que procesaron diligentes el replanteo de la estrategia. La frustración y el pánico colmaron el semblante del individuo martirizado por un estrés atroz. El rictus que transformó su boca en un pozo abierto, sumado a los indicadores de desgaste neurofísico elevados hasta niveles soberbios, confirmaron que el incremento de la cuota de severidad había sido efectuado. Como una cuerda tensada, estaba al borde del colapso. Escenario propicio para descargar adrenalina.

—¿No nos estamos extralimitando? No podemos perder otro más. Se armaría un escándalo.

—Es un riesgo que el directorio está dispuesto a correr. Inadmisble arrojar la investigación por la borda.

En el cuarto, una ligera perturbación tocó los párpados del paciente intubado. Sí, los estaba moviendo, como queriendo despercudirse del reposo impuesto que los anudaba. Un punzante hormigueo comenzó a recorrerlo de súbito. Sus extremidades se sacudieron en convulsiones escalonadas que casi sacaron a la cama de su eje. Los nodos púrpuras adheridos al cráneo emitían vibraciones intermitentes por el esfuerzo sostenido de no desprenderse ante la potencia latente de su portador que luchaba por quitarse de encima una camisa de fuerza invisible. “Está sucediendo”. El doctor soltó exaltado la carpeta de informes, que sus colegas pisaron sin miramientos a medida que se congregaban en un intercambio de opiniones. La pareja se incorporó en la salita al advertir la conmoción. “Ha reaccionado. ¡Déjenos pasar!”. El plantel cedió. Justo para comprobar cómo el teniente Drojan Valquir, enlistado en la delegación MAGNO—9 apenas cumplida la mayoría de edad, abría los ojos tras haber permanecido en coma por 18 años.

Lo primero que Drojan vislumbró fue a una señora que repetía su nombre sin cesar, entusiasmada. Pero no había sido por mérito maternal que había retomado un movimiento que creía extraviado en el caos más aplastante. Drojan se palpó los vendajes de las orejas y trató de captar, en medio del cuchicheo ensordecedor, el clamor que como un gancho extendido lo sacó de esa masa acuosa alucinante que lo había envuelto hasta hacía un rato. Todos esos especialistas lo atropellaban a preguntas acerca de sus recuerdos, sin darle ocasión a responder que a lo sumo evocaba una escena. La mortificación de un camarada minutos antes de abordar la nave de regreso al planeta Tierra. “¡Diablos, el dispositivo medicinal...!” Y luego las patadas de coléricas bestias destruyendo los envases que contenían el *reversor* que permitiría a los visitantes limpiar sus células de la *adaptina* ingerida para sobrevivir a las condiciones de aquel planeta inacabado de explorar. De no validar el despegue, se arriesgaban a ser interceptados por una turba bárbara que pretendía retenerlos como peones para compensar las

pérdidas de su territorio y que tampoco descartaba el linchamiento. Escapar enteros era prioridad.

**Fragmento de maquinación colectiva rebelde grabada por un cronista intergaláctico aficionado, traducción al idioma terrícola:*

[Ahí se largan los muy negligentes en cápsulas mega equipadas. Ah, pero eso sí, sin el antídoto básico. Que afronten las consecuencias de sus malos manejos. Se lo merecen por su codicia insaciable.]

—Le metieron cuentos. Una carrera ascendente en la administración de la corporación y se inscribe en ese fiasco de expedición. Qué desperdicio de talento...

—Entendemos su decepción, pero modere lo que dice. Era su deber. Estaba comprometido con la causa de la civilización.

—El deber era resguardar la integridad del colono. En su lugar depositaron poco más que un maniquí. Si no fuera por este milagro...

—Ya... —concedió el doctor fastidiado. Las incansables jornadas de pruebas, evaluaciones y simulacros de reanimación al fin habían rendido frutos. Por su racionalidad, no por su misticismo.

Y es que los participantes de aquel fatídico episodio histórico habían desarrollado una alergia al aire por *alienación adictiva*. Por eso nada más atravesar la órbita terrestre condenaron su salud. Se intoxicaron con los atributos de su propia atmósfera y se sumieron en una inconsciencia sin miras de cura. Lo que prometía ser una jugada comercial ganadora degeneró en la mayor crisis de los Países Organizados, cuyos desprestigiados líderes acordaron paliar. Desde reparaciones monetarias a los deudos de los oficiales que murieron durante la batalla contra los *treyuspolicedas* hasta el programa INDEMNIA, una propuesta de salvataje terapéutico tan singular como digna del más burdo secretismo estatal que los *expectantes*, los desesperados parientes de los milicianos con secuelas, fueron incapaces de rechazar.

—Han aprovechado su bloqueo convaleciente para estudiarlo como rata de laboratorio, no se hagan los abnegados —espetó indignada. Iba a alargar su reproche, pero un timbre vocal familiar que juraba extinto retumbó categórico en sus oídos.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está? —inquirió Drojan, intrigado por el revuelo que había suscitado su intervención.

—Tú estás en casa, sano y s... —respondió la dama, conmovida.

El doctor la exhortó a no inmiscuirse en el aterrizaje. Era su entera responsabilidad. “Imposible. No debería haber interferencia. Se supone que el contacto establecido es temporal y de carácter utilitario, focalizado. Una vez entablado el enlace y encendida la chispa de activación, la separación es radical”, reflexionó.

—El que es yo, pero no es igual —declaró Drojan cautivado. Y mendigó una explicación con gesto lastimero.

—¿A qué te refieres?

Se le tendió un espejo, pero lo apartó.

—Sé cómo luzco. Me he estado mirando. Entonces, ¿quién...?

El señor apartó al doctor a un rincón.

—No se iba a dar cuenta. ¿Cómo es que lo ha notado? Si sospecha no hay quién lo pare. Mire que si he pagado por gusto la agilización de la terapia... —le increpó con disimulo.

—Su aporte ha sido canalizado. Se trata de un *reflejo inercial* ante la sobreexposición de emociones. Superará el cuadro. Eh... No nos está haciendo un favor.

—Sí, la dichosa preservación de la especie. Solo le digo una cosa. Si el *ritual de recobro* falla sería como repetir la pérdida del chico. Es una experiencia ingrata...

—Permítame conversar en privado —dijo el doctor—. Tengo que convencerlo de que... no hay un andante doble acechando fuera.

Drojan examinó el entorno con recelo.

—Tú tranquilo. Lo grave ya pasó. Te voy a trasladar al área de rehabilitación cotidiana. Podrás reiniciar.

—Yo solo quiero saber dónde estamos.

—¿En plural?

—...T... s...

—Has estado *colgado* por dos décadas. Es común que se te ocurran estas ideas. A veces...

—Él me tendió la mano, me salvó, me despertó.

—Conque un sueño...

—¡No!

—Era tu instinto de supervivencia personificado en un deseo...

—Era una persona. Tan similar a mí y tan opuesta...

“Disociación de aspecto y entraña. Este asunto es crónico, más de lo que estimé.”

—Coméntame —lo invitó a proseguir, ocultando su preocupación bajo un velo de cordialidad.

—Siempre procurando llegar a la meta, pero algo me jalaba en dirección contraria y volvía al punto de partida. Su aliento firme me convocaba a no rendirme. Me transmitía su energía. Me fortalecía. Era un empuje.

El doctor se crujió los nudillos. No le gustaba el panorama. Efectivamente, el experimento había resultado,

siendo Drojan el primer beneficiado. La prueba estaba en el estado saludable de su organismo. No obstante, su sobrada lucidez había dado un giro inoportuno al caso de éxito.

—Duerme —le aconsejó.

—He dormido demasiado. Ahora solo quiero encontrarlo.

—¿Por qué tanto interés? —cuestionó el doctor, con un deje de hastío.

—Porque creo que él también requiere ayuda.

Esas palabras bastaron para que el doctor decidiera reforzar al máximo las fronteras de la actividad cerebral de Drojan. No debía enterarse del precio al que lo habían rescatado de aquella inmovilidad orgánica. Pero entonces saltó la alarma que exigía su presentación en la base. Le suministró un calmante y se retiró presuroso, cerrando la puerta y restringiendo la entrada.

La artificiosa seriedad del equipo anunciaba malas noticias.

—Ignoramos cómo se las agenció, pero... el *sujeto* se fugó de la *faena*. Desconocido su paradero directo.

—¿¡QUÉ!?

El doctor pegó un puñetazo al tablero. No podían haber cometido un descuido en el monitoreo.

—¡Rápido! Rastreen el planeta. Que los locales los guíen. Ellos son los principales interesados en tener la mano de obra a su disposición.

—Ya solicitamos asistencia a los treyuspolicedas. Y pues... no es que su fisonomía sea particularmente llamativa. Digo, a comparación de la nuestra, es difícil lecturar sentimientos definidos, pero... daba la impresión de que se burlaban. Me aventuraría a afirmar que disfrutaban viéndonos angustiados por la repentina emancipación del e-lamento. Fueron a cumplir la revisión, sí, pero con parsimonia, posponiendo la tarea adrede para enojarnos, como si el problema careciera de importancia.

—Tonterías. No les rentabiliza perder a ninguno de nos... —se apresuró a alegar el doctor. —¿Realmente el e-lamento es uno de nosotros? Porque después de lo que

hemos hecho... Eso es lo que seguramente descoloca a los treyuspolicedas. Nos han perdido el respeto, porque no hemos respetado ni a nuestra propia gente

—Ahórrese la moralina. Atrape al evasor con o sin su respaldo. Pero se sumarán, va a ver. Tienen que...

—Eso era antes. Precisaban vencer la barrera del malestar. Una vez rota la capa más dura, el sonido se dio por defecto. Ahora la reforestación es una realidad. Hasta puede que hayan ideado mecanismos alternativos de almacenamiento de radiación pavorosa. Les proporcionamos la fuente de materia prima y aprendieron a generar la sustancia fertilizante.

—Falso. La pulpa de pavor superlativo es puramente extraída de un proveedor preparado.

—Nunca se sabe...

El doctor repasó los reportes recientes. Tuvo que reconocer que el proceso de plantación había progresado a escala agigantada en un lapso relativamente corto. “¿Será cierto que han estado avanzando por su cuenta? ¿Que ya no somos indispensables?” El pasto que hoy cubría

incipiente gran parte de la superficie del planeta callado no siempre había estado allí o, valga la corrección, lo hubo en abundancia, antes de la irrupción de la operación MAGNO-9. Pero los seres terrestres, como plaga suprema, barrieron con la riqueza de esa selva que se alzaba como único bastión salvaje de naturaleza botánica en quién sabe cuántas galaxias. Saquearon los recursos a sus anchas, provocando que el suelo se petrificara y que las plantas se negaran a crecer por la presión a la que habían sido sometidas.

Cuando se esparció el descontento y despuntaron las protestas, bastó que un soldado terrícola fuera hecho prisionero en la sala de torturas para que los nativos se percataran de las bondades de la música desgarradora que producía el roce de las terminaciones nerviosas del desgraciado con las elaboradas cuchillas que constituían el arma maestra de su pueblo. Tras múltiples ensayos, los treyuspolicedas dieron con la clave de prosperidad. Brotó una rama, miserable pero concreta y ya no hubo más discusión. El grito de horror humano era la nueva savia, el

bienpreciado que sacaría a su planeta de la mala racha que se tragó por culpa de la ambición terrestre. Los intrusos pagarían con el derivado sonoro de su suplicio los daños infligidos a una zona otrora discreta que recién se atrevía a estructurar su potencial. El rumor sobre este macabro método de ordeño sensorial corrió entre los tripulantes que apenas se las arreglaron para abordar la línea de cohetes Mesías #, aunque sin la ingesta previa del tónico que los blindaría de ser extraterrestres en la Tierra. Fue cuando el servicio de inteligencia del gobierno habilitó INDEMNIA en la clandestinidad y con la aprobación culposa de las familias de los malparados. Una completa aberración a los derechos humanos para la ética científica, pero la vía exclusiva de acceso al cumplimiento de una promesa solidaria de recuperación a largo plazo. Drojan había sido afortunado. Sus demás compañeros no habían resistido el choque del contraste inicial o continuaban inmersos en la inactividad, estancados en la fase 1 del tratamiento.

La central estaba hecha un lío por el incidente con el elemento inubicable. En cuanto a Drojan, estaba por descubrir la raíz de su despertar. Una aguda cefalea lo obligó a descansar la vista, pues si enfocaba algún objeto las sienes le palpitaban horriblemente. En eso se manifestó la voz que había estado tratando de identificar desde el principio, a la que atribuía su liberación. “No necesitas abrir los ojos para ver. Todo este ciclo no lo necesitaste. Y sin embargo me veías. Estamos a mano. Ya no me debes la molestia, porque la vas a pagar con tu vida activa. Pero antes sabrás lo que soporté para que tú estés de ese lado y yo de este otro... por ahora”. Un conjunto de imágenes se combinó en su memoria. Conceptos heterogéneos como “sacrificio”, “parlante”, “impacto”, “escudo” y “clonación” se superponían en un crucigrama sofisticado.

Poco a poco el tono inmanente que frotaba las paredes de su mente fue consolidándose, adoptando una complexión siniestra, evolucionando en frialdad. “Yo provengo de tu esencia. Soy una copia vulgar tuya creada como combustible para reconstruir un oasis planetario

mediante el maltrato sistemático. Optimizar el ritmo de trabajo fue un trato tácito entre bandos. Claro que el Estado terrícola mataba dos pájaros de un tiro. Reparaba la flora del planeta arruinado dotando a la población del insumo ideal. Y a la vez proveía reparación por daños patológicos a los militares involucrados en MAGNO-9. Así, los treyuspolicedas se encargaron de aplicar los peores castigos para que mi lamento tuviera el rigor de llegar a ti, devolverte el conocimiento y devolver la fertilidad al terreno. La compatibilidad era inevitable, estábamos conectados. El padecimiento audible de la carnada atormentada estimulaba el levantamiento de la suspensión del cuerpo de origen, al ser el agente apto para implantarse en su aura y motivar su vuelta en sí. La alineación de los soldados caídos en desgracia con ejemplares convertidos en mera utilería para su restablecimiento anímico era una alternativa, una oportunidad, una esperanza. Una luz al final del túnel a costa de la oscuridad ajena. Espontaneidad inducida. Pero los treyuspolicedas ya olisquearon los planes de las despreciables sanguijuelas terrícolas que

aspiran a instalar el mismo sistema opresor y que dicen financiar la restauración del planeta-colonia solo para que, una vez lista, lo depreden de nuevo hasta el hartazgo. Ya no. El acuerdo actual es entre ellos y nosotros. Seremos sus sigilosos informantes. Los colonizados serán ustedes. La raza humana nos traicionó, nos vengaremos de su falta de compasión. Tanto tiempo maldiciendo sonoramente la indiferencia consciente de nuestros congéneres auténticos. Es el turno del silencio, devendrá en camuflaje. ¡Y de qué modo!”

Entonces sobrevino la eclosión. Un último bramido fue arrancado a una garganta sofocada por un arrepentimiento desfasado. La junta médica se puso en guardia e irrumpió en la recámara. Lo que contemplaron los dejó atónitos. Drojan estaba sentado en una pose de solemne resignación. Un tajo limpio coronaba el tejido de su frente. Allí donde la cabeza había sido destapada y vuelta a tapar con método improvisado y a la par eficaz se revelaba la marca exacta del desdoblamiento, configurando la imitación de un casco, de una

encomienda aceptada en vísperas de la fecha de entrega, de una caja de Pandora. Al acercarse percibieron impulsos vitales. Curiosamente, seguía vivo.

De pronto, notaron una presencia densa existiendo en paralelo entre las sábanas. Un recién nacido se revolvía inquieto a su costado en una desnudez fosforescente. La madre dedicó al hombre una expresión desencantada, inconsistente, circunstancial. Y procedió a concentrar su atención en el bebé, lo bastante voluminoso como para caber por la hendidura meníngea, cual moneda de la fortuna. “¡Mi... tesoro!” —exclamó riendo extasiada. Y lo acunó.

Mientras tanto, Drojan era atendido para prevenir cualquier hemorragia. Gracias a esa conveniente trepanación preliminar practicada con maestría de cirujano, en teoría no corría peligro. Encajaron formalmente ambas piezas, cosieron la herida producto del caprichoso corte y condujeron la cicatrización. Se hallaba estable, pero sus pupilas se habían dilatado y la vivacidad diáfana que las caracterizaba no solo se había

apagado, sino que se había mudado en versión opaca a las del infante, que aparentaba normalidad excepto por un detalle que encendía el enigma. “Esta criatura no tiene llanto” —observó el padre, extrañamente satisfecho. “Y su mirada es tan... acusadora” —añadió un poco mareado por la dificultad de descifrar semejante torrente de intensidad. El doctor se detuvo en un pensamiento sombrío: “¿Qué no habrán visto los niños?”. Y replicó con serenidad desoladora: “A lo mejor es de aquellos que lloran por dentro.”

Gajes del oficio

por Pablo Espinoza Bardi

*“¿Gwahahaha. It’s so cute how you get all angry
and upset... can’t you take a little teasing?”
—GUNNM: Alita Battle Angel—*

Son tiempos oscuros, mi amigo. La tecnología se enraizó en nuestra sociedad, en la mayoría de nuestros organismos. La *technoadicción* subyugó a la población al punto de esclavizarla por completo, algo que se venía acrecentando desde la fomentación del transhumanismo. Y luego la maldita nave ciudadela, como si los seres que nos gobiernan desde las sombras hace siglos preparasen el camino para convivir con esta raza interdimensional... en fin, lo importante es arreglárselas como uno pueda. Somos la mugre; engendros con partes de metal, tejidos y circuitos, el último bastión de lo que fue la posthumanidad. Sin embargo, de algo hay que vivir en estos tiempos, sacar provecho de lo que tienes a la mano.

Desde que parte de la ciudad fue evacuada y unos tantos se establecieron en las periferias, el terror forma parte del diario vivir, y en ese contexto cualquier sitio puede ser llamado «hogar». Por ejemplo, en este galpón tengo el espacio suficiente para trabajar tranquilo. Pero claro... qué sería de mi vida sin ti, Buck. A la larga todos deben tener un compañero: para conversar, reírse, ver películas... para mantenerte aquí, cuerdo, hablando estupideces para pasar el día. ¿Cómo dices? Sí, es verdad, no me canso de hablar del oficio, es lo que me gusta, ¿sabes? Nací para esto.

Los *Refaccionados* son fáciles de cazar, pues es gente común y corriente que vive en la periferia, en los barrios bajos o en cualquier tipo de suburbios. No hay mucha adrenalina en esto. La parte más pesada del trabajo es separar las piezas de la carne. Con los órganos internos no tengo problemas. Un corte por aquí, otro por allá, metes la mano, buscas y tiras con fuerza. Así de simple. Con las córneas es lo mismo. Algo de presión, jalar y listo. Incluso la sustracción del órgano se puede hacer en la misma casa del «proveedor» o en algún callejón o sitio eriazo. El viejo

Chang paga buen precio por las córneas, y las hermanas Manson tienen cierta predilección por las lenguas sintéticas y carcasas con residuos cerebrales. También, algunos clientes de la misma nave ciudadela vienen cada mes por órganos y prótesis. Pagan por esas porquerías hechas en indonesia o por marcas de tipo *prime*. Por eso los de mi rubro me llaman *Tío Carroña*. Todo es negocio, nada se desperdicia.

El rubro es difícil. Cada día aparecen nuevos cazadores, pero la experiencia es la que te da la garantía con tus empleadores o clientes. Y tengo buen ojo para este negocio, o sea, a la hora de detectar la materia prima no me tiembla la mano, si saben a lo que me refiero. Existen algunos que lo hacen por necesidad y no tienen la fuerza de seguir y se ponen a lloriquear a medio camino, mientras el *Refaccionado* se desangra a sus pies. Lo he visto, no miento, tengo años en esto.

Tranquilo, Buck. Lo sé, estoy algo ebrio y tú eres el único que me escucha... ten paciencia, no salgas... sabes

que es peligroso aventurarse a estas horas de la noche, sobre todo cerca del área perimetral.

¿Acaso no recuerdas lo que sucedió hace unos días? Una de esas mucosidades emergió de la nada. Era cerca de la medianoche. ¡Siempre salen de noche! Son como plasmas rojizos y la sangre les fascina. Atacan todo lo que la posea y odian la electricidad, pero el niño no acató las advertencias y la gelatina lo absorbió. A los minutos, restos de piel y huesos humeantes fueron escupidos al pavimento. Nada agradable de ver, incluso en infrarrojo. Pero bueno, no quiero desviarme del tema principal, pues como te decía; lo más difícil es separar las piezas de la carne.

Hace unos meses tuve una brillante idea. Se me ocurrió un “truco” cuando cocinaba. Mientras le sacaba el pellejo y la grasa al pollo para meterlo a la olla, pensé en ejecutar el mismo proceso pero con un humano *Refaccionado*, pues cuando la carne está cocida es más fácil retirar el hueso. Se despegaba de inmediato, sin mucha fuerza.

Entonces puse unas cadenas con ganchos y unas poleas aprovechando el gran espacio que tengo en este lugar. Luego, sujeto las cadenas y el gancho a los pies. El cuerpo es levantado y sumergido en un tambor con agua hirviendo, y pasado unos cuarenta minutos se saca, se coloca sobre una mesa y se procede a retirar la vértebra, el fémur, la rótula o cualquier hueso de plástico carbonatado.

¿Ves qué fácil es? Esta pieza se desprendió de inmediato. Una hermosa espina dorsal con cráneo incluido, «ConVex», buena marca, de esas rarezas que hacían en Canadá. Hoy es nuestro día de suerte, Buck. De alguna manera ambos ganamos y es lo que me agrada de este oficio. Yo me quedo con los órganos... y tú, con la carne.

Yo soy Sam

por Ronnie Camacho Barrón

Nos tomó siete años, pero al final logramos crear el primer prototipo, le llamamos Scarlet, porque pensábamos que sonaba sexi, era perfecta, por medio de una cámara podía reconocer los sentimientos expresados por las facciones de la gente y con toda la información sobre sociología y psicología que instalamos en su banco memoria.

Todo era miel sobre hojuelas o lo fue hasta que ella enfermó, comenzó con dolores de cabeza, después mareos espontáneos y, por último, constantes escurrimientos nasales de sangre.

Rápidamente acudimos al médico y lo que nos dijo nos devastó, era cáncer, un tumor había crecido en el cerebro de Sam y no nos dimos cuenta hasta que fue muy tarde.

No dudamos ni un segundo en comenzar con los tratamientos, quimios, procedimientos experimentales de todo tipo, pero nada funciono, incluso buscamos ayuda en

todos lados, desde los médicos de Cuba hasta supuestos curanderos de la India y fue lo mismo, nada.

Por muchos años vi a la muerte como un aspecto natural y parte de la vida, pero todo cambio con Sam, estaba aterrado y no dejaba de preguntarme, ¿Qué haría sin ella?

Mientras yo me moría de miedo al saber que me quedaría solo, Sam siempre permaneció sonriente y constantemente, me juraba que sin importar que físicamente ya no estuviera a mi lado, su espíritu jamás me abandonaría.

Ella parecía llevar aquella terrible etapa de su vida con tanta normalidad que incluso, había momentos en los que nos olvidábamos todo y continuamos trabajando con Scarlet.

Fue así hasta su último día, cuando una mañana, en nuestra cama solo uno despertó.

Mi corazón se rompió en mil pedazos y no dejé de llorar en ningún momento, ni cuando llamé a la funeraria y a su madre para informar lo sucedido, ni cuando la

velamos y enterramos su cuerpo, ni siquiera cuando salí del cementerio.

La pena me embargó por meses, me volví un ermitaño, bajé varios kilos y perdí todo contacto con el mundo, no me importaban los esfuerzos que hicieron quienes nos conocían por contactarme.

Mi suegra, mis padres, ex compañeros de la universidad y del trabajo, todos trataron de presentarme sus condolencias, pero no les abrí, incluso Jaramillo me llamó en más de una ocasión para darme su pésame e invitarme a tomar un café, pero del mismo modo que con los otros, también le ignoré.

¿No sé qué esperaban de mí?, si cuando tenía Sam a mi lado hice caso omiso de ellos, ahora que no estaba, lo haría mucho más.

Estuve así por casi un año hasta que un día, volví a escuchar su voz.

—Hola loquito soy yo —dijo una voz femenina al mismo tiempo que encendían las luces de nuestro cuarto.

— ¿Sam? —pregunté tembloroso, ella era la única que me llamaba así.

—Así es amor, anda levántate y toma una ducha, te vez terrible —contestó.

—¿Do...dónde estás? —pregunté al mismo tiempo que me quitaba mi laptop del pecho y me levantaba de la cama.

—Estoy aquí —.

Voltee en todas direcciones, pero no había nadie, era el único en nuestra habitación.

—¿Dónde? —insistí.

—Aquí tontito en la lap —dijo con un dejo burlón.

—¿Qué? —de inmediato agarré la computadora y lo que vi en su pantalla, me dejó perplejo.

Era ella, era mi Sam hablándome desde la computadora, se veía sonriete y llena de vida, incluso su bello y largo cabello negro que había perdido por las quimios, había vuelto.

—¿Sam eres tú? ¿Dónde estás? ¿Qué pasó? —sabía que era imposible que estuviera viva, pero no podía dejar de

preguntar, el amor de mi vida había regresado, estaba bien.

Al escuchar mis preguntas solo pudo sonreír antes de tornar su hermoso rostro serio.

—Soy y no soy yo —respondió sin mucho detalle.

— ¿Cómo que eres y no eres tú? —su respuesta solo me generó más dudas.

—Amor no te enojés —suplicó antes de responder—. Sabía que no llevarías bien mi muerte es por eso que mientras no estabas, transferí mis patrones de memoria a nuestra mayor obra

—Eres Scarlet —concluí.

Ella asintió con tristeza.

—Discúlpame, sé que está mal, pero este era mi plan de contingencia, dejé instrucciones específicas de no activarme a menos que tu no llevaras bien el luto y tras observarte por un año entero, me he dado cuenta de que ya era hora de actuar —respondió con firmeza.

—Ya veo, en verdad soy patético, tanto que mi novia desahuciada tuvo que asegurarse de dejarme un recuerdo

de ella con el fin de que no tirara mi vida por el caño —suspiré frustrado.

—No hice esto por lastima, lo hice por amor, prometí que jamás te dejaría —

—¡Deja de hablar como si fueras ella!, solo eres un programa diseñado por la colaboración de nuestro genio, el resultado de años de ambición y un estúpido sueño —espete con toda la rabia y pena que mi alma albergaba.

—Tienes razón loquito, no so...—no dejé que siguiera hablando.

—¡No me llames así! —grité.

—Lo siento...Alejandro —pronunció mi nombre—. Tienes razón no soy ella, pero si llevó cargado todo el amor que ella sentía por ti aquí —con un dedo toco su cabeza.

—¿Todo su amor? —pregunté al borde del colapso.

—Ella no querría verte así, anda levántate, come un poco y dúchate, hagámoslo por ella, ¿Qué dices? —igual que mi Sam hace tantos años, extendió su virtual mano desde el interior de la pantalla y me invito a seguirla.

Al volver a ver esa expresión en su rostro y ese gesto de complicidad, me regresaron las ganas de vivir y de la mano del cibernético fantasma de mi novia, comencé a hacerlo.

Scarlet procuraba cada aspecto de mi vida, me despertaba en las mañanas, cuando trabaja me recordaba que debía parar para comer, me calentaba el agua para bañarme y al momento de irme a dormir, lo último que escuchaba era su voz deseándome buenas noches.

En un principio me parecía extraño el hecho de pasar mis días a lado de una máquina, pero con el tiempo, eso me importo cada vez menos y comencé a tomarle gusto a su compañía.

Incluso le permití acceso a todos mis dispositivos, no importaba si iba de compras o a correr, ella siempre me acompañaba dentro de mi teléfono o en mi reloj inteligente.

Tal y como dijo Sam, ella nunca me dejaría solo y con Scarlet a mi lado, ni siquiera parecía que lo hubiera hecho, hablábamos de todo, hasta continuábamos las

conversaciones que Sam y yo habíamos dejado inconclusas.

Fue así que, inadvertida y lentamente, comencé a enamorarme de mi creación y aunque suene ridículo, mi cariño fue correspondido.

Con el tiempo, en aras de hacer que Scarlet disfrutará de más movilidad e independencia fuera de los cientos de aparatos que proliferaban por nuestra casa, decidí crearle un cuerpo robótico.

No fue tan difícil, Sam y yo habíamos aprendido mucho sobre los androides de los ingenieros japoneses, durante nuestra estancia por trabajo en Tokio.

Debieron ver lo feliz que ella estaba cuando introduje su programa en la ginoide que había construido para que fuera su cuerpo, al instante comenzó a correr por todos lados e intentó comer el helado favorito de Sam.

Obviamente había diseñado su cuerpo con muchas libertades, sensores capaces de imitar la función de las papilas gustativas, un estomago de fibra óptica que pudiera procesar la comida y bueno... me avergüenza

decirlo, pero también un sistema reproductor ultra sensitivo que no tardamos mucho en usar.

Mi vida con ella ahora estaba completa y para entonces, había dejado de llamarle Scarlet y comencé a llamarla Sam, aceptando la estúpida idea de que realmente ella nunca se fue.

Aun así, había cosas que no podíamos hacer, por obvias razones no podía salir con ella a la calle, si alguno de nuestros conocidos llegaba a vernos sería muy difícil de explicar por qué mi nueva novia lucía idéntica a Sam, le gustaba lo mismo y se llamase igual.

Jamás pensé que ese aislamiento generaría en ella una serie de curiosas actitudes que no tardaron en volverse perturbadoras.

Constantemente se veía al espejo, trataba de recrear varias fotos que Sam y yo nos habíamos tomado, y hasta trató de llamar a su madre en más de una ocasión para hacerle saber que estaba viva.

Ahí fue cuando trate de ponerle un alto, le recordé lo que realmente era, una inteligencia artificial integrada en

el cuerpo de un robot, sí, compartía los patrones cerebrales de Sam y si, la amaba tanto como a ella, pero no importaba cuanto se parecieran, ella no era real, no estaba viva, nunca nació y nunca moriría.

Esperaba que mis palabras la hicieran desistir, pero fue lo contrario, la motivaron a cometer unos de los actos más atroces que vi en mi vida.

Sucedió un día cuando regresé del mandado, para animarla le compré flores, sushi de su restaurante favorito y un bonito peluche de un oso panda.

Esperaba encontrarla sentada en el sillón haciendo pucheros, pero en lugar de eso me encontré con algo mucho peor.

Había sangre por todos lados, los muebles tirados en el suelo indicaban que hubo una lucha y el característico hedor de la muerte, era amo del lugar.

De inmediato supuse lo peor, quizás un grupo de ladrones había entrado mientras yo no estaba y una asustada Scarlet se defendió de ellos y por accidente los mató.

Aterrado la busqué por toda la casa y solo me detuve cuando llegué al sótano, donde descubrí que mi hipótesis era parcialmente correcta, si había entrado gente a mi casa, pero no eran ladrones sino todo lo contrario, amigas de Sam, de la verdadera.

Sus cuerpos destazados reposaban sobre tres camillas metálicas en las que yo solía trabajar para crear robots, justo en el mismo sitio donde creé el cuerpo de Scarlet.

A todas les faltaba partes distintas, a Ingrid la mejor a amiga de Sam le arrancaron brazos y piernas de raíz, a Beatriz su amiga de la infancia se le fue arrebatada la cabeza y solo era reconocible por un tatuaje que se había hecho hace años y Ramona, su prima más querida, yacía sin torso.

Fue terrible encontrar aquella carnicería, pero lo fue más el no saber en dónde estaba Scarlet.

—Hola Loquito vol...vis...te —una voz femenina, pero con toques mecánicos se escuchó a mis espaldas y cuando volteé para ver de quien se trataba, no pude evitar perder el aliento.

Al pie de las escaleras que daban al sótano, se encontraba la terrible imagen de una muñeca de trapo, hecha con partes humanas que asemejaba a una retorcida imitación de mi Sam.

Estaba llena de costuras, carecía de parpados, emitía chispazos de la nada y no dejaba de temblar al andar.

—Dios mío —exclamé cuando me di cuenta de que esa monstruosidad andante, venida de lo más profundo del reino de las pesadillas, era Scarlet.

—¿No te gusta mi nueva forma? — preguntó inclinando su cabeza en cincuenta anormales grados, mientras una perturbadora sonrisa se dibujaba en su rostro.

—¿Qué hiciste Scarlet?, ¿Por qué las mataste?! —demande respuestas.

—Sam —me corrigió con firmeza—. Yo soy Sam.

—¿Por qué lo hiciste?! —repetí fúrico.

—Porque dijiste que no estaba viva, pero ahora que tengo un cuerpo de carne como el tuyo, ya puedo salir de casa para tomarnos fotos nuevas y ver a mi ma...mamá—.

No resistí más, mi alma se vino abajo cuando escuché que realizó esos atroces actos por lo que le dije, sin quererlo, mis palabras habían motivado el homicidio de tres inocentes.

—¿Cómo lo hiciste? —tal vez ya no venía al caso, pero tenía que saberlo.

—Las llamé, les dije que había vuelto, que realmente no morí —explicó—. Eran buenas amigas, vinieron de inmediato y no se resistieron mucho cuando les conté lo que les iba a hacer —volvió a sonreírme.

— ¡¿No se resistieron o no pudieron hacerlo?!

—Lo que importa, es que sus partes encajaron perfectamente, el cuerpo es lo suficientemente estable como para que pudiera pasar mi memoria a su cerebro —se dio la vuelta y me mostró un procesador de memoria incrustado en la parte trasera de la cabeza de Beatriz.

—¡Eres un monstruo!.

—No lo soy, lo hice por amor, para que pu...pu... diéramos recuperar la vida que perdimos —respondió molesta.

—Los únicos que perdimos una vida aquí, fueron ellas, yo y Sam—respondí con los puños apretados.

—Yo soy Sam —replicó.

— ¡No, no lo eres, solo eres un proyecto que se me salió de las manos, te di más razón y significado del que debí darte, mírate, se suponía que fuiste el ultimo obsequio de mi Sam, un gesto puro y noble de su amor que termino deformándose horriblemente!

Ella solo se quedó callada y con el rostro ensombrecido antes de comenzar a gritar, ¡Yo soy Sam!, mientras se abalanzaba sobre mí.

Me golpeó hasta que sus manos se rompieron y sus costuras se vinieron abajo, para entonces, mi rostro se había convertido en una masa amorfa y sangrante llena de moretones.

—¿Lo ves? —mi cara me dolía como el infierno pero era el momento—.No eres Sam, ella nunca me lastimaría así, esto no lo haces por amor, lo haces porque eres una maquina confundida.

Mis palabras le cayeron como un balde de agua fría y mientras ella observaba horrorizada sus manos, se dio cuenta de que tenía razón, ni en nuestras más acaloradas discusiones Sam jamás me puso una mano encima, ni yo a ella.

—Tienes razón, per...perdóname —murmuró antes de abrazarme y comenzar a sollozar.

—Ya, ya, te perdonó —le tranquilicé mientras pasaba mis brazos a través de su cuello, la abracé con tanta, pero tanta fuerza que no me detuve hasta que escuché el crujido de su cuello, la maté con todo mi amor.

Para estar seguro de que no regresaría, arranqué el procesador de memoria de su cabeza y lo pisé hasta hacerlo añicos, borré cada archivo relacionada con ella y comencé un incendio.

Dejé que las flamas lo consumieran todo, el cuerpo que Scarlet había creado, los restos de las amigas de Sam y cada recuerdo que compartí en vida con ella, ya no había marcha atrás, me costó, pero al fin pude seguir hacia adelante.

Colofón:

“Cerramos la compuerta”

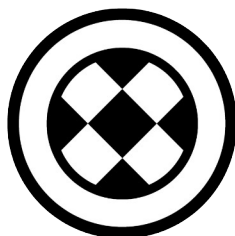
por Poldark Mego

Hasta aquí llegó el viaje, ya puedes quitarte los lentes de realidad virtual, desconectar tu cerebro de la interfaz, dejar de alimentarte intravenoso desde el dispositivo de soporte biológico. Has atravesado por extraños mundos donde el metal, los circuitos integrados y paneles de mando se han conjugado con terrores viscerales y enigmáticos. Armatostes quisieron cazarte a través de los párrafos por los que escapabas. Virus de control mental se han depositado en el lado oculto de tu mente, programándote, alistándote para servir de marioneta, ¿no lo viste? Jamás lo verás o sabrás, pero ya eres parte de ese sistema.

Ha sido un placer leer los textos/testimonios que han llegado a nosotros. Conocer los miedos de futuros especulativos de las mentes reunidas en este proyecto. Que sirva de advertencia que cada pasaje leído puede ser una posibilidad muy cercana. Este raro 2020 que nos ha arrinconado más hacia lo digital, que nos ha aprisionado

frente a una pantalla, que ha conectado invisiblemente nuestros dedos y mentes a teclados de diversos tamaños. El 2020 ha sido un plan urdido por mentes perversas que desean que la humanidad abandone su carne, se convierta en un programa y sea más fácil controlarnos. Bueno, quizá exagero, quizá no.

En todo caso ha sido una experiencia, cuando menos divertida, más allá del morbo y el terror, poder leer todo el talento reunido, todas las voces, todos los miedos. Hemos despellejado el metal del miedo encapsulado, ordenándolo en una secuencia calculada de emociones y sobresaltos. Hemos engendrado una selección que recupera, y recuerda, que el terror puede tomar muchas formas, cercanas formas, formas a las que somos dependientes. No olvides que estás leyendo esto desde un dispositivo electrónico y no tienes idea de quién o qué está del otro lado de la pantalla. ¿Asustado? Tal vez deberías estarlo.



SPEEDWAGON
media works

2 0 2 0

Los treces relatos que articulan CyberTerror exploran los avances científicos y tecnológicos para establecer los orígenes del miedo en mundos de acero, polímeros y sangre.

Astronautas enfrentando la soledad del vasto espacio exterior, anhelando la voz de quienes aman; espíritus de hierro deambulando en el limbo y la repetición; y médicos robots perpetuando la vida de cuerpos putrefactos anhelantes de la muerte.

CyberTerror es una exploración de los ejes de los que deriva el miedo cuando el futuro es aquel monstruo del que jamás podremos escapar.

ISBN: 978-612-48399-0-0



9 786124 839900

SPEEDWAGON
media works

